

EL ALTO COSTO DE LA IGNORANCIA



OSVALDO REBOLLEDA

EL ALTO COSTO DE LA IGNORANCIA



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Cambiar o asumir el costo de la Ignorancia.....	12
Capítulo dos:	
Aprendiendo de antiguos errores.....	26
Capítulo tres:	
La Ignorancia es tinieblas.....	37
Capítulo cuatro:	
La Ignorancia es pérdida.....	50
Capítulo cinco:	
Tipos de Ignorancia espiritual.....	65
Capítulo seis:	
La Ignorancia escatológica.....	81

Capítulo siete:

Victoria sobre la Ignorancia.....94

Conclusión Final.....106

Reconocimientos.....128

Sobre el autor.....130



INTRODUCCIÓN

“Pues bien, Dios pasó por alto aquellos tiempos de tal ignorancia, pero ahora manda a todos, en todas partes, que se arrepientan. Él ha fijado un día en que juzgará al mundo con justicia, por medio del hombre que ha designado. De ello ha dado pruebas a todos al levantarlo de entre los muertos.”.

Hechos 17:30 y 31 (NVI)

La ignorancia ha sido, desde el principio de la humanidad, una de las armas más eficaces en las manos del enemigo. Él no necesita gritar, ni oprimir con cadenas visibles, ni provocar el levantamiento de altares paganos; le basta con mantener el alma en penumbra y la mente entenebrecida. Le basta con sembrar ideas falsas y hacerlas parecer verdaderas. Él sabe que los ignorantes no pelean. Sabe que los ignorantes no son capaces de discernir. Sabe que los ignorantes caminan confiados... sin darse cuenta de que lo hacen directo al abismo.

A lo largo de las Escrituras, Dios nos revela que el mayor peligro no siempre es el pecado de los impíos, sino la incapacidad que tienen de reconocerlo como Señor. Adán y Eva no murieron físicamente el día que comieron del árbol, pero algo más profundo y fatal ocurrió: el enemigo les dijo

que sus ojos se abrierán al conocimiento del bien y del mal, pero en realidad, a partir de ese momento comenzó una historia de hombres y mujeres caminando por la vida sin Dios, interpretando mal el mundo, ignorando la voluntad del Creador y destruyéndose a sí mismos con violencia. Y esa historia, aún hoy, continúa escribiéndose con sangre.

La ignorancia espiritual no es simplemente “no saber”. Es vivir sin luz. Es construir una vida, una familia, un ministerio o una identidad personal sin tener los planos verdaderos delante. Es hablar de Dios sin conocer Su carácter. Es repetir frases piadosas mientras el corazón permanece esclavo de mentiras antiguas, heredadas, disfrazadas de piedad, pero huecas de verdad.

Hoy, en pleno siglo XXI, la sociedad no está enfrentando una situación muy diferente. Las plataformas digitales ofrecen miles de mensajes, creencias, teorías, enseñanzas y supuestas verdades. Pero no todo lo que brilla es luz. Y no todo lo que se dice como cierto tiene su origen en el cielo. De hecho, muchos han confundido el conocimiento humano con la espiritualidad, y están levantando doctrinas y creencias sobre cimientos de arena.

La ignorancia espiritual sigue cobrando víctimas diariamente. Guerras, hambre, pestes, injusticia, pobreza, maldad y corrupción son parte del panorama global que estamos viviendo. Matrimonios destruidos, familias divididas, corazones extraviados, confusión y caos: eso es lo que está viviendo el mundo. Esto es lógico, y Dios mismo lo

advirtió, porque la humanidad vive en ignorancia, vive sujeta al gobierno del maligno.

Pero no todo está perdido, porque en el diseño de Dios hay una Iglesia en el mundo. Una Iglesia que debe representarlo. Una Iglesia compuesta por hijos de la luz, que deben resplandecer como luminares en todo el mundo. Una Iglesia que debe ser sabia, capaz de pensar con la mente de Cristo. Una Iglesia que debe ser entendida en los tiempos y comunicadora de la verdad. Ese es el diseño. La pregunta sería: ¿estamos viendo esa Iglesia, o muchos hijos de Dios también están cayendo en ignorancia?

La ignorancia no es una condición neutral; es una trampa espiritual. No permanece estática, sino que avanza, profundiza, se disfraza e incluso se justifica a sí misma, construyendo altares en corazones desprevenidos. El ignorante no siempre es alguien que ha sido privado del conocimiento; muchas veces es alguien que, debiendo caminar en la verdad, vive menospreciando lo que ha recibido.

Quiero presentarles el rostro más sutil de la ignorancia: ella puede convivir con la religiosidad, con las buenas intenciones, con la tradición, e incluso con ciertas conductas aparentemente santas. Por eso, el mayor desafío de la Iglesia en esta generación no es simplemente predicar más, sino despertar a los que viven dormidos dentro del mismo cuerpo; a los que asisten cada semana pero no están entendiendo el Reino; a los que repiten versículos pero actúan como necios.

Vivir ignorando la verdad tiene un precio muy alto, porque nos deja vulnerables al error, nos vuelve presa fácil del engaño y nos impide disfrutar la plenitud de la vida en Cristo. Créanme que estoy muy preocupado por esto. Hace muchos años que escribo libros y los subo gratuitamente a la red. Escribir un libro me demanda mucho tiempo, mucho trabajo, y no solo por tener que crearlo, sino porque debo leerlo varias veces antes de publicarlo.

Luego de tanto trabajo, los subo gratuitamente para que todos mis hermanos puedan leerlos y aprender. Sin embargo, hay personas que, conociendo la existencia de los libros, no son capaces de leer al menos uno por año. Los que me conocen saben la cantidad de horas que trabajo diariamente, y mi única intención como maestro es disipar la ignorancia espiritual de mis hermanos. Sin embargo, suelo chocar con la pasividad y la falta de voluntad.

Yo no escribo libros para aprender, lo hago para enseñar, pero al final observo que muchos no quieren adquirir conocimiento. Concluyo que ellos creen que la ignorancia es inocente, pero no es así: el costo de tenerla es enorme, y no hay virtud en tal actitud. Tal vez algunos piensan que ya saben lo suficiente de la voluntad de Dios, pero cuando veo sus vidas, me doy cuenta de que, si piensan así, viven engañados.

La Palabra nos advierte con claridad: ***“Hay caminos que al hombre le parecen rectos, pero que acaban por ser caminos de muerte”*** (Proverbios 14:12, NVI). Lo que

“parece” correcto puede ser mortal. Lo que “se siente” bien puede estar completamente equivocado. Ignorar la verdad es vivir expuestos a consecuencias eternas. Ignorar la verdad es sufrir invaluable pérdidas.

Pero ¿cómo escapar de esta niebla que envuelve el alma? ¿Cómo ver con claridad en medio de tanta confusión? La respuesta no está en una teoría ni en una reforma intelectual. La respuesta tiene nombre, rostro y voz: Jesucristo, porque Él es nuestra sabiduría (**1 Corintios 1:30**). Es por eso que este libro no es un manual de teología, sino un llamado a la búsqueda intensa de Su presencia.

Muchos afirman conocer a Dios porque han crecido en un ambiente cristiano, porque tienen una Biblia en casa o porque alguna vez dijeron una oración. Pero la verdad bíblica es más radical: conocer a Dios no es un evento cultural ni una afiliación emocional, sino un encuentro que transforma.

Cuando la luz de Cristo toca el alma, no solo cambia nuestra visión del mundo, también cambia nuestra comprensión de nosotros mismos. La verdad no nos hace sentir cómodos, nos hace libres (**Juan 8:32**). Pero antes de traer libertad, muchas veces la verdad sacude, expone y quiebra nuestras falsas seguridades.

Este libro no es un ensayo académico ni una exposición filosófica sobre el error humano. Es un llamado urgente a revisar el terreno de nuestra fe, a preguntarnos si hemos edificado sobre la roca o sobre la arena, si estamos

viendo con claridad o caminando en la oscuridad de supuestos aprendidos, tradiciones vacías o emociones sin fundamento. No hay nada más peligroso que estar convencidos de algo que no es verdad. Y no hay nada más glorioso que ser alumbrados por la revelación que procede de Dios.

La ignorancia tiene un precio. Y no es un precio pequeño. Puede costarnos años de vida desperdiciados, decisiones equivocadas, relaciones rotas, fe debilitada, y lo más grave de todo: puede costarnos el disfrute de Su presencia. La ignorancia espiritual no será excusada en el Tribunal de Cristo, porque hay muchos que, queriendo oír, no han oído; y muchos que, queriendo ver, no han visto. Pero nosotros hemos sido alcanzados por la gracia y no tenemos excusa.

La verdad no se doblega a nuestra cultura, ni se ajusta a nuestros antojos. La verdad es una roca firme, eterna, inamovible. Y si no la recibimos con humildad, tropezaremos en ella. Jesús mismo advirtió que algunos caerían sobre esa piedra y serían quebrantados, mientras que otros serían aplastados por ella (**Mateo 21:44**). En ambos casos, el precio de ignorarla es devastador.

Es por eso que este libro no pretende solo informar, sino provocar. Provocar hambre. Provocar sed. Provocar el deseo de salir de la comodidad y correr hacia la verdad. Cada capítulo ha sido escrito con la oración de que el Espíritu

Santo despierte a los lectores de cualquier letargo espiritual y los lleve a una renovación profunda de todo entendimiento.

Reconozco que este libro no será cómodo. Algunas verdades dolerán. Algunos paradigmas tendrán que morir. Pero del otro lado de esa muerte hay resurrección. Porque cuando la luz de Cristo irrumpe, no solo expone... también restaura. Él no vino a humillarnos por haber sido ignorantes de la verdad, sino que vino a rescatarnos. Por eso, puedo asegurar que el que comenzó la buena obra en nosotros bien puede terminarla, llevándonos a la plenitud.

“El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos...”

Isaías 9:2



Capítulo uno

CAMBIAR O ASUMIR EL COSTO DE LA IGNORANCIA

“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminas en el mundo; asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado.”

Filipenses 2:14 al 16

Desde los albores de la historia, la ignorancia ha sido una sombra silenciosa que ha acompañado al ser humano en su andar. No es simplemente la ausencia de información, sino una ceguera espiritual que, cuando se instala en el corazón, produce decisiones erradas, opresión prolongada y un destino torcido.

La ignorancia ha sido el caldo de cultivo de vidas fallidas, de injusticia, de maldad, de imperios caídos, de culturas contaminadas, de líderes perversos extraviando a

multitudes, y la plataforma para el obrar de las tinieblas. Desde el huerto del Edén hasta las civilizaciones modernas, las consecuencias de no discernir la verdad han sido costosas. Muy costosas.

En el Edén, la serpiente no ofreció directamente la muerte, sino una alternativa “aparentemente” más iluminada. Pero aquella opción, nacida del engaño y alimentada por la ignorancia, trajo ruina sobre toda la humanidad. Adán y Eva no pecaron porque quisieron ser malvados, sino porque ignoraron, aunque fuera momentáneamente, el carácter inmutable de Dios. Se olvidaron de que el mandamiento no era negociable, y que el día que comieran, ciertamente morirían. Esa fue la primera factura del alto costo de la ignorancia.

Desde entonces, cada generación ha tropezado con los mismos errores, a menudo repitiendo ciclos que una mínima sabiduría habría evitado. Los pueblos que se apartaron del conocimiento de Dios erigieron ídolos, se entregaron a la injusticia, explotaron a los débiles y terminaron devorados por sus propias estructuras corruptas.

Egipto, Babilonia, Persia, Grecia, Roma... todos tuvieron su momento de gloria, pero al edificar el poder despreciando a Dios, la ignorancia tomó su lugar, convirtiendo el progreso que habían logrado en fuentes de iniquidad, que los hizo caer tan vertiginosamente como se habían encumbrado.

La historia bíblica, que es también la historia de la humanidad contada desde el prisma de la revelación divina, está plagada de ejemplos donde la falta de conocimiento produjo sufrimiento. *“Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento” (Oseas 4:6)*, clama el profeta con dolor. No por falta de recursos, ni de ejército, ni de estrategias, sino por falta de entendimiento espiritual.

Lo más trágico es que la ignorancia no siempre es invasiva y hostil; en la mayoría de los casos, es curiosamente elegida. Los seres humanos han preferido cerrar los ojos ante la verdad para no tener que rendirse a ella, y creyendo ser sabios en sí mismos, se hicieron necios (**Romanos 1:22**).

En cada época, Dios ha levantado voces que claman, pidiendo a los seres humanos que se vuelvan a Él, anunciando que hay un camino mejor, una luz verdadera, una sabiduría que proviene de lo alto. Pero también, en cada generación, multitudes han decidido ignorar ese llamado. ¿Por qué? Porque cambiar también tiene un costo. Pero no es el costo de la derrota o la maldición, sino el de aceptar la rendición del ego en pos de la humildad.

La ignorancia, aunque parezca cómoda, es una cárcel. Una prisión que aprisiona al alma mientras permite que el cuerpo se mueva con aparente libertad. Pero tras esa movilidad superficial, se oculta la esclavitud de la confusión, de la repetición de errores, del sometimiento a sistemas que prometen mucho y redimen poco.

El costo de la ignorancia no siempre se paga de inmediato, pero inexorablemente llega. Se acumula como una deuda pendiente que, al vencerse, cobra con intereses. Y a lo largo de la historia, esa deuda ha sido pagada con guerras, con crisis, con generaciones enteras perdidas en el laberinto del sinsentido.

Obviamente, no me estoy refiriendo a la ignorancia intelectual o inocente, sino a la ignorancia voluntaria, persistente y cargada de orgullo: una decisión de cerrar los ojos cuando Dios ha abierto las puertas del entendimiento. Esa es la ignorancia más peligrosa, porque no nace de la falta de oportunidades, sino del rechazo intencional de la luz.

Está bien, los que conocen mis enseñanzas saben que creo en la depravación total: la doctrina que afirma que el pecado ha corrompido profundamente toda la naturaleza humana, incluyendo la mente, la voluntad y las emociones, haciéndonos incapaces de elegir a Dios o agradarle por nuestras propias fuerzas.

Esto no implica que cada persona sea tan malvada como podría ser, sino que el pecado ha afectado cada aspecto de la naturaleza humana, provocando la muerte espiritual por causa del pecado, y dejando a todos con la necesidad de recibir la gracia de Dios para la salvación. ¿Entonces por qué cuestiono la ignorancia de la humanidad? Porque la humanidad es culpable de su condición... y se cree sabia en su propia opinión.

Es cierto que los seres humanos tenemos una gran capacidad, y podemos verlo en el avance científico y tecnológico que hemos logrado. Nunca antes habíamos tenido tanto acceso a datos, estadísticas, imágenes satelitales, inteligencia artificial, documentos antiguos digitalizados y la posibilidad de interconectarnos en tiempo real con casi cualquier rincón del planeta. Pero, en medio de esa impresionante autopista de contenidos, algo esencial se ha perdido: la sabiduría para discernir lo verdadero en medio de tanta mentira.

La ignorancia de la humanidad actual no se debe a la falta de información, sino a la ausencia de verdad procesada en el corazón. Sabemos mucho y entendemos poco. Hablamos de derechos, de progreso, de inclusión, de avance tecnológico, pero ignoramos principios eternos que sostienen la vida misma. ¿Cómo puede una sociedad tan conectada estar tan desorientada? ¿Cómo puede el ser humano, rodeado de pantallas, algoritmos y sensores, sentirse más vacío, más ansioso y más confundido que nunca?

Hemos logrado conquistar el espacio exterior, pero hemos perdido la brújula interior. Sabemos secuenciar el ADN, pero desconocemos el propósito por el cual fuimos creados. Inventamos teorías complejas sobre el origen del universo, pero seguimos sin responder con certeza quiénes somos ni hacia dónde vamos. Esa es la nueva forma de ignorancia: una mente saturada de datos y un alma desnutrida de verdad.

Los filósofos modernos han reemplazado el concepto de “verdad absoluta” por opiniones relativas. Ya no se trata de encontrar el bien y el mal, sino de construir cada quien su propia “realidad”. El problema es que la realidad no se construye; se descubre. Y cuando los fundamentos son removidos, lo que queda es una torre de Babel disfrazada de libertad.

La ignorancia actual se presenta con ropajes sofisticados. No lleva harapos ni habita aldeas remotas. Ahora se sienta en los sillones del poder, dicta cátedra en universidades, maneja campañas globales, diseña entretenimientos y modela las conciencias desde plataformas digitales. Es una ignorancia refinada, maquillada, popular y peligrosa. Porque ha convencido al hombre de que puede vivir sin Dios.

Pero la historia se repite. Así como en los días de Noé, la humanidad continúa con sus rutinas: comer, beber, casarse, comerciar, construir... ignorando que una puerta se está cerrando. Ignorando que hay un juicio acumulado. Ignorando que la paciencia de Dios, aunque es larga, tiene un límite. La ignorancia moderna no teme, porque ha anestesiado su conciencia. No llora, porque ha silenciado su alma. No busca, porque ha llenado sus manos de cosas pasajeras. Pero llegará el día en que todo eso no baste.

El drama no está en no saber, sino en no querer saber. El corazón humano, endurecido por el pecado y el orgullo, se rehúsa a inclinarse ante la sabiduría del cielo. Y esa es la

mayor tragedia: que habiendo un camino hacia la luz, la humanidad decida caminar hacia la sombra. Que habiendo una voz que clama desde lo alto, el hombre prefiera el murmullo de sus propias teorías.

Mientras los avances tecnológicos impresionan, la decadencia moral se profundiza. Mientras se celebran descubrimientos científicos, se legaliza la maldad. Mientras se educa para triunfar, se ignora la eternidad. Esta es una generación que sabe programar robots, pero ha olvidado el temor de Dios. Y ese olvido tiene un precio. Un alto precio.

La ignorancia, en este tiempo, ya no es casual: es estratégica. Es parte de una corriente espiritual que busca apagar la luz de Cristo en las mentes de los hombres. Una conspiración de tinieblas que ofrece placer inmediato a cambio de ceguera eterna. Por eso, el llamado no es solo a informarse, sino a despertar. A abrir los ojos. A sacudirse del letargo. Porque el tiempo corre, y el costo de la ignorancia se vuelve más alto con cada generación que se aleja de la verdad.

Pero ¿quién hace ese llamado a la luz? Bueno, la Iglesia. Porque la Iglesia del Dios viviente es columna y baluarte de la verdad (**1 Timoteo 3:15**). Esa es la idea divina. Ese es el diseño del Padre. La pregunta que deberíamos hacernos es: ¿Si como Iglesia, estamos valorando el poder de la sabiduría? ¿Estamos identificando la ignorancia y aplastándola con el conocimiento de la voluntad de Dios?

Pocos conceptos han sido tan distorsionados a lo largo del tiempo como el evangelio del Reino. La mayoría de las personas, incluso muchas que se definen como creyentes, tienen una idea parcial, reducida o equivocada de lo que Jesús vino a anunciar. En la calle, en los hogares, en las redes sociales o en las conversaciones casuales, el evangelio suele aparecer como un sinónimo de religión, una invitación a portarse bien, una promesa de prosperidad o un recurso emocional para sobrellevar las crisis. Pero el evangelio del Reino no es eso. Es una proclamación de gobierno divino. Es la irrupción del cielo en la tierra. Es un llamado al arrepentimiento y a la transformación total bajo la soberanía de Cristo. ¿Nosotros lo estamos entendiendo así?

Bueno, diría que un gran porcentaje de cristianos no entiende esto. No porque no haya Biblias, iglesias o predicadores, sino porque muchos oídos han sido cauterizados por religiosidad pero sin poder, o por mensajes diluidos y elaborados solo para el alma. Los intereses institucionales que han cambiado el mensaje del Reino por el control para obtener provecho no han sembrado más que ignorancia en el pueblo de Dios.

El precio de la ignorancia espiritual es devastador: muchos cristianos viven engañados, creyendo que conocen el evangelio cuando en realidad solo han sido expuestos a una versión humanista del mensaje de Jesús. No digo que todo lo que se está enseñando esté mal. Digo que debemos enseñar todos los principios bíblicos que ayuden al bienestar de los

hijos de Dios, pero fundamentalmente debemos enseñarles a vivir bajo el gobierno del Padre, aunque esto les cueste todo.

Claro que hay un costo al aceptar vivir bajo el gobierno de Dios, porque es necesario renunciar al imperio del ego y entregar todo nuestro ser en humildad. Pero créanme: hay un costo mucho mayor en vivir bajo el dominio de la ignorancia.

Cuando hablo de cristianos, no estoy discutiendo la salvación. Tal vez alguien pueda vivir sin buscar sabiduría espiritual y aun así ser salvo. Pero ese no es el diseño de Dios, y estamos perdiendo mucho por causa de la frialdad en la búsqueda del conocimiento divino.

Ser cristiano no se limita a vivir bajo una serie de reglas, cumplir con actividades de culto, integrarse a estructuras de trabajo, respetar tradiciones institucionales o acumular información teológica. Ser cristiano es ser hijo de la Luz, con el compromiso de alumbrar al mundo como verdaderos luminares (**Filipenses 2:15**). Y eso no se logra con una falsa piedad, sino con vida espiritual y sabiduría divina.

El evangelio del Reino implica rendirse al Rey. Implica muerte al ego, entrega radical, vida bajo una nueva autoridad. El Reino no es una idea poética ni un tema teológico opcional: es la esencia del mensaje de Jesús. Él no vino solo a perdonar pecados; vino a restaurar el gobierno de Dios sobre el corazón humano. Y eso lo cambia todo. No

basta con identificarnos con Cristo si luego actuamos como necios.

Cuando Jesús decía: *“Arrepentíos, porque el Reino de los cielos se ha acercado”* (Mateo 4:17), no estaba ofreciendo una escapatoria al cielo tras la muerte, sino una invasión espiritual en el presente. Una nueva manera de pensar, para una nueva manera de vivir. Una ciudadanía distinta, una cultura diferente. Un sistema superior que transforma personas, familias y sociedades. Pero esa proclamación ha sido ignorada, deformada o silenciada. Y el enemigo ha aprovechado esa brecha para sembrar confusión.

La ignorancia del pueblo respecto al evangelio del Reino ha abierto la puerta a evangelios alternativos: el evangelio del entretenimiento, el evangelio del éxito, el evangelio de la autoayuda, el evangelio de la inclusión sin arrepentimiento. Todos ellos tienen algo en común: colocan al hombre en el centro, y no a Cristo. Y eso no es evangelio. Es una parodia peligrosa.

Jesús no fue crucificado por predicar amor, sino por declarar que Él era Rey. El escándalo del Reino no es su compasión, sino su autoridad. Y el mundo, aún hoy, sigue resistiéndose a esa autoridad. No quiere un Salvador que también sea Señor. Prefiere un Cristo que consuele, pero no que gobierne; un Dios que bendiga, pero no que dirija. Y mientras tanto, la ignorancia sigue cobrando su precio: vidas sin propósito, iglesias sin poder, sociedades sin dirección.

Lo más alarmante es que esta ignorancia no se resuelve con más información, sino con revelación. Porque el evangelio del Reino no se comprende solo con la mente; se discierne con el espíritu. Es necesario que el Espíritu Santo abra los ojos del entendimiento, y que quienes hemos recibido esta revelación la comuniquemos con claridad, con pasión y con verdad, sin adorno alguno.

Este es el desafío de nuestro tiempo: volver a predicar el evangelio que Jesús predicó. Volver a invitar a las personas, no solo a una congregación, sino a un Reino. No solo a creer en Jesús, sino a seguirlo. No solo a ser salvos, sino a ser gobernados por Él. Porque mientras eso no ocurra, la ignorancia seguirá creciendo como una niebla densa sobre las naciones. Y su costo será cada vez más alto.

Como hijos de Dios, debemos tener en claro que existe una ignorancia que nace de la falta de oportunidades, y otra que brota de una decisión consciente: la de no querer saber, la de cerrar los oídos a la verdad ofrecida, la de despreciar lo que Dios nos está entregando. Esta última no es inocente. Es peligrosa. Es rebelde. Y ante ella, Dios nunca ha guardado silencio.

La Escritura es clara: Dios no pasa por alto el desprecio voluntario de Su verdad. El apóstol Pablo lo declara con énfasis: ***“Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido...”*** (Romanos 1:21). Aquí no se habla de

gente que vivió toda su vida en la oscuridad, sino de personas que conocieron a Dios, pero despreciaron Su gloria. Luego Pablo afirma que el problema de estas personas fue que, profesando ser sabias, se hicieron necias (**Romanos 1:22**).

Dios no obliga a nadie a amar Su verdad, pero no dejará impune a quien la pisotea. Hay un límite para la paciencia celestial. El juicio se vuelve inevitable cuando los hombres, habiendo recibido la gracia de la vida en Cristo, voluntariamente se aferran a la mentira; cuando prefieren las tinieblas porque no quieren compromiso; cuando intercambian la gloria del Dios incorruptible por ídolos culturales, ideológicos o religiosos. No por venganza, sino por justicia. Porque la verdad es sagrada, y Dios nunca será burlado.

Este juicio no siempre se manifiesta como fuego o castigo visible. A veces adopta formas más sutiles y, por eso, más aterradoras. Una de las expresiones más graves del juicio divino es cuando Dios aparta Su presencia. Cuando deja que el hombre coseche lo que ha sembrado. Cuando retira Su mano protectora y permite que la confusión reine. Esa es la sentencia más temida: ser entregados a nuestra propia ceguera.

Pablo lo describe así en **2 Tesalonicenses 2:10 al 12**: ***“Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos, por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira...”***. Este texto no habla de ignorancia pasiva, sino de una rebelión deliberada, de corazones que

prefieren creer lo falso antes que doblegarse ante la Verdad. Y entonces, lo que era luz para salvación, se convierte en sombra para juicio.

Este tipo de ignorancia voluntaria se manifiesta con múltiples rostros: el cinismo intelectual que se burla de las Escrituras; la indiferencia moral que normaliza lo impuro; el escepticismo arrogante que se resiste al arrepentimiento. Todos estos caminos conducen al mismo destino: la separación eterna de Dios. Porque el juicio no es solo futuro, también es presente. Ya opera en esta era como una advertencia, como un llamado de emergencia antes de que la puerta de la gracia se cierre.

La humanidad no podrá excusarse de su pecado, aunque tal vez intente alegar que no entendió la verdad. Sin embargo, Dios ha hablado por medio de la creación, de los profetas, de Su Palabra y, sobre todo, por medio de la obra de Jesucristo. Su luz ha alumbrado al mundo.

Su voz ha sido clara. Su verdad ha sido proclamada. El problema no es la ausencia del mensaje, sino la dureza del corazón. Pero ¿qué diremos nosotros, los hijos de Dios, si habiendo sido iluminados por la gracia y recibiendo todo en Cristo, no hicimos nada por buscar mayor revelación de la verdad eterna?

No estoy tratando de avanzar por el camino del miedo; esa nunca será una estrategia divina. Estamos en tiempos de gracia. Solo digo que debemos despertar. Aún hay esperanza,

pero cada vez estamos más cerca de la venida del Señor. La verdad sigue tocando la puerta de los santos. El evangelio del Reino sigue siendo proclamado por un remanente comprometido.

El Espíritu Santo sigue convenciendo. Y el reloj de la misericordia sigue corriendo. Solo estoy proclamando con fervor que quienes decidan abrir sus ojos a la verdad, quienes dobleguen su ego al gobierno del Espíritu Santo y rindan su corazón al Rey de gloria, serán librados del costo final de la ignorancia voluntaria, y más aún, serán recompensados.

“Por lo tanto, mis queridos hermanos, manténganse firmes e inconmovibles, progresando siempre en la obra del Señor, conscientes de que su trabajo en el Señor no es en vano.”

1 Corintios 15:58



Capítulo dos

APRENDIENDO DE ANTIGUOS ERRORES

“Pero mi pueblo no escuchó mi voz; Israel no me quiso obedecer. Por eso los entregué a su terquedad, para que siguieran sus propios caprichos. ¡Oh, si mi pueblo me oyera, si Israel siguiera mis caminos! En un instante humillaría a sus enemigos, y volvería mi mano contra sus adversarios.”

Salmos 81:11 al 14

Israel fue el pueblo escogido para ser luz entre las naciones, portador de la revelación divina, testigo del Dios viviente. A ellos se les confió la Ley, los pactos, las promesas y la manifestación de la gloria de Dios. Ninguna otra nación había visto lo que ellos vieron ni oído lo que ellos oyeron. Sin embargo, a pesar de esa posición privilegiada, Israel cayó una y otra vez en el abismo de la ignorancia voluntaria.

No era una ignorancia por falta de instrucción, sino por dureza de corazón. Tenían la Palabra, pero no la obedecían. Tenían a los profetas, pero los apedreaban. Tenían el Templo, pero lo habían convertido en un mercado. El drama de Israel

fue haber confundido conocimiento con revelación, ritual con comunión, religión con Reino.

Los profetas lloraban, no por falta de información, sino porque el pueblo conocía la verdad, pero vivía como si no la conociera. Ignoraban la voz de Dios mientras ofrecían sacrificios. Buscaban alianzas con potencias extranjeras mientras descuidaban la alianza con su Creador. Cosechaban ritos, pero no frutos. Y el costo de esa ignorancia fue alto: invasiones, cautiverios, destrucción y exilio.

El Reino del Norte cayó en manos asirias por su idolatría persistente y su negativa a escuchar el llamado al arrepentimiento. El Reino del Sur, Judá, siguió el mismo camino cayendo en manos de Babilonia. Jeremías, el profeta del llanto, denunció incansablemente la ceguera del pueblo, su incapacidad de discernir el tiempo del juicio y su obstinación en confiar en el Templo como amuleto en vez de vivir en santidad.

“El pueblo que no entiende será derribado...”

Oseas 4:14

Esta declaración no era solo una advertencia, sino una sentencia que se cumplió una y otra vez. Israel ignoró la voz del cielo y terminó pagando con lágrimas el precio de su ceguera espiritual. El exilio a Babilonia no fue solo un castigo político, sino una manifestación del costo de la ignorancia. Fueron desarraigados de la tierra prometida porque despreciaron al Dador de esa tierra.

Pero el punto más alto, y más doloroso, de la ignorancia de Israel se dio cuando vino a ellos el Mesías, porque ***“A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (Juan 1:11)***. El Verbo hecho carne caminó por sus calles, sanó a sus enfermos, multiplicó el pan, enseñó con autoridad... y ellos no solo no lo reconocieron, sino que lo despreciaron, rechazaron, criticaron, descalificaron, lo acusaron falsamente para entregarlo y lo terminaron crucificando.

No fue ignorancia por desconocimiento, sino ignorancia por endurecimiento. Los líderes religiosos, expertos en la Ley, no pudieron ver el cumplimiento de la Ley frente a sus ojos. ¿Cómo es posible? Porque la religiosidad sin intimidad con Dios produce una ceguera más profunda que la ignorancia natural. Y esa ceguera fue la que los condujo al desastre.

El rechazo del Mesías trajo consigo otra factura: la destrucción del Templo en el año 70 d.C., el esparcimiento del pueblo por las naciones y siglos de sufrimiento. Aun así, Dios no ha desechado a Israel. Su fidelidad permanece por siempre. Pero la lección es clara: el conocimiento sin obediencia, la revelación sin arrepentimiento, la verdad sin humildad... siempre terminarán en ruina.

El pueblo del pacto cayó en la trampa del orgullo espiritual. Creyó que por tener la Ley ya estaba seguro y no comprendió que el corazón era lo que Dios observaba. Ignorar eso les costó caro. Porque no hay pueblo privilegiado

que pueda resistir el peso del juicio si decide cerrar los ojos a la verdad.

La historia de Israel no está escrita para condenarlos, sino para advertirnos. Son un espejo profético que nos muestra lo que ocurre cuando se desprecia la revelación divina. A mayor luz, mayor responsabilidad (**Lucas 12:48**). Y cuando esa luz es despreciada, su resplandor se convierte en fuego que consume.

La historia de la Iglesia, desde Pentecostés hasta nuestros días, ha estado marcada por poderosos avivamientos... y profundas desviaciones. Por temporadas de gloria en las que la luz del evangelio se extendió con fuerza imparable, y también por tiempos oscuros en los que la ignorancia espiritual invadió los altares.

Si bien el nacimiento de la Iglesia fue glorioso, con gente llena del Espíritu Santo, predicadores llenos del poder, vidas dirigidas por la unción y un amor genuino por la verdad, no pasó mucho tiempo antes de que el enemigo procurara sembrar cizaña en el campo; primeramente por aquellos que procuraban judaizar, pero con el tiempo fue el mismo sistema el que presionó hacia la mentira.

La ignorancia de la Iglesia no fue inmediata, sino progresiva. Comenzó con pequeños descuidos, con tolerancia al error, con el abandono de la sencillez del evangelio. Luego, lentamente, se fue deslizado hacia una institucionalización que reemplazó el fuego por la forma, la

revelación por la tradición, y la autoridad espiritual por estructuras humanas. Ya en los primeros siglos, el mensaje del Reino fue oscurecido por el sincretismo, la manipulación doctrinal y el poder político. El mensaje que debía liberar fue usado para controlar.

Durante la Edad Media, la Palabra de Dios fue encerrada literalmente en lenguas que el pueblo no comprendía. La ignorancia alcanzó un nivel sistémico: la mayoría de los fieles no tenía acceso a las Escrituras y muchos líderes espirituales tampoco conocían la verdad en profundidad. El conocimiento de Dios fue monopolizado, manipulado y distorsionado. Y el resultado fue trágico: superstición, corrupción, abusos y una Iglesia que, en muchos aspectos, dejó de parecerse a Cristo.

Pero Dios, en su fidelidad, nunca dejó de levantar testigos fieles: hombres y mujeres que se atrevieron a denunciar la oscuridad, a proclamar la verdad, a traducir la Biblia, a dar su vida por el retorno al evangelio puro, aun en tiempos de extrema hostilidad.

Lutero, Wycliffe, Calvino, Hus, entre otros, fueron instrumentos poderosos en las manos de Dios para romper el velo de la ignorancia espiritual. La Reforma fue, entre otras cosas, un grito contra el alto costo de la ignorancia religiosa. “Sola Scriptura”, proclamaron, recordando al mundo que la verdad no podía seguir siendo prisionera del poder humano.

Sin embargo, la historia se repite. A pesar de los avances, de los despertares y de los movimientos que han renovado la fe y avivado la pasión por la Palabra, la Iglesia ha vuelto, una y otra vez, a caer en el error de olvidar; de asumir que sabe, sin verificar si realmente vive lo que predica; de convertir el conocimiento en letra muerta y el evangelio en una marca institucional más que en una manifestación del Reino.

La ignorancia histórica de la Iglesia ha producido divisiones, herejías, cruzadas sangrientas, alianzas impuras con los poderes del mundo, silencio frente a las injusticias y una pérdida de autoridad moral. Cada vez que la Iglesia ha abandonado el conocimiento vivo de Dios, ha pagado el precio con pérdida de poder espiritual, con confusión interna y con descrédito ante el mundo.

Hoy en día, mirar hacia atrás no debe ser un ejercicio de culpa, sino de advertencia. Si Israel tropezó, y si la Iglesia histórica también lo hizo, ¿qué nos garantiza que nosotros no lo estemos haciendo? Solo hay una cosa que debemos hacer: permanecer en la verdad, vivir en dependencia del Espíritu y caminar en humildad. La ignorancia no se combate con estructuras, ni con programas, ni con títulos, sino con hambre genuina de Dios. Solo así se evita el alto precio de alejarse de Su luz.

La Iglesia, cuando ignora su fundamento, se transforma en una institución sin gloria. Pero cuando regresa a la Palabra, cuando exalta a Cristo, cuando predica el Reino

con poder y vive en santidad, vuelve a ser lo que fue llamada a ser: columna y baluarte de la verdad **(1 Timoteo 3:15)**.

Estamos parados sobre una encrucijada profética. La Iglesia de este tiempo no puede mirar hacia atrás sin preguntarse: ¿hemos aprendido? ¿O repetiremos el ciclo? Tenemos más recursos que nunca: seminarios, plataformas, conferencias, redes globales, traducciones bíblicas en casi todos los idiomas. Pero también tenemos un peligro real: vivir de la inercia de la forma sin la fuerza del contenido. Hablar de Dios sin conocerlo. Enseñar sobre el Reino sin someternos al Rey. Y eso, una vez más, es ignorancia.

La ignorancia de hoy no siempre se manifiesta en ausencia de predicación, sino en la superficialidad de muchos mensajes: sermones diseñados para agradar más que para confrontar; iglesias llenas de actividades, pero vacías de presencia; discursos centrados en el hombre y no en la gloria de Dios. ¿Qué estamos enseñando? ¿A qué estamos invitando? ¿Qué evangelio estamos proclamando? Si el mensaje no transforma, si no produce rendición, si no expone el pecado y exalta a Cristo, entonces no es el evangelio del Reino. Es una versión diluida, cómoda... y peligrosa.

La generación actual tiene la ventaja de conocer los errores del pasado. Tiene a su disposición la historia, la Biblia, el testimonio de mártires, el legado de los reformadores, la revelación profética. No puede decir que no sabe.

La pregunta ya no es si tenemos acceso a la verdad, sino si queremos obedecerla. Y es allí donde se define el futuro espiritual de la Iglesia. Porque ignorar la verdad conocida es más grave que no haberla escuchado nunca.

Dios está llamando a Su Iglesia a un tiempo de definición. No es tiempo de entretener, sino de edificar. No es momento de acumular multitudes, sino de formar discípulos. No es hora de ganar aplausos, sino de rendir coronas. Y este llamado, aunque es colectivo, comienza de forma personal. ¿Seguiremos pagando el alto costo de la ignorancia? ¿O nos volveremos al Señor con quebranto y determinación?

Cambiar implica reconocer la necesidad de nuevas reformas. Implica dejar de defender estructuras muertas y buscar la vida del Espíritu. Implica abandonar el discurso tibio para predicar con pasión la verdad sin diluir.

Implica renunciar al ego eclesiástico para volver al modelo del Reino. No será cómodo, pero sí glorioso. No será popular, pero sí verdadero. La Iglesia que decida despertar, arder y obedecer será una antorcha en medio de la oscuridad. Pero la que se niegue pagará, como otras en la historia, el precio del silencio divino.

Hay momentos en los que Dios, por amor, disciplina. Y otros en los que, por juicio, se retira. Y ese es el costo más alto que una Iglesia puede pagar: funcionar sin Su presencia.

Reunirse sin Su gloria. Avanzar sin Su dirección. Seguir hablando en Su nombre... sin que Él respalde lo que se dice.

Aún estamos a tiempo. Aún hay un clamor del cielo llamándonos al arrepentimiento. Aún hay una gracia disponible para volver a edificar sobre el fundamento correcto. Pero no por siempre. Cada generación tiene su ventana, su oportunidad, su llamado. Y humildemente creo que esta es la nuestra.

Por eso, la pregunta no es retórica, sino urgente: ¿Qué haremos? Como sugerí en el título del capítulo anterior, ahora pregunto: ¿Pagaremos el costo de nuestra ignorancia espiritual o cambiaremos? ¿Continuaremos por el camino cómodo de la superficialidad o responderemos al grito del Espíritu? El tiempo no se detiene. Y la respuesta que demos determinará el curso de la Iglesia en esta hora crítica.

El silencio de la verdad tiene un precio. Y cuando la verdad es conocida pero no obedecida, ese precio se multiplica. No estamos hablando de un problema intelectual, sino de una condición del corazón. La ignorancia espiritual no se resuelve con más datos, sino con un retorno decidido al rostro de Dios. La historia de la humanidad, de Israel y de la Iglesia nos grita con fuerza que ignorar la voz del cielo termina siempre en tragedia.

Hoy estamos frente a una generación que lo tiene todo para vivir una fe firme, profunda y gloriosa. Tenemos la Palabra abierta, el Espíritu disponible, la historia como

testigo y la urgencia como compañera. Pero eso no basta si no respondemos. El conocimiento no transforma por sí solo: necesita un corazón quebrantado, dispuesto y obediente.

La ignorancia no es solo una falta de saber, es una elección continua entre la luz y la oscuridad, entre el Reino de Dios y el sistema del mundo, entre la Palabra revelada y las voces que distraen. Y cada elección tiene un precio. Cada decisión de no cambiar, cada excusa para no rendirse, cada justificación para no vivir como verdaderos discípulos suma al saldo de una deuda espiritual que tarde o temprano se cobrará con dolor.

La Iglesia no puede permitirse seguir caminando con ojos cerrados, con corazones tibios y con altares vacíos de fuego. No fuimos llamados a adaptarnos al mundo, sino a ser testigos del Reino. No fuimos elegidos para entretener a los fieles, sino para equipar a los santos. No fuimos redimidos para formar instituciones, sino para ser el cuerpo vivo de Cristo en la tierra. Y todo esto requiere luz, revelación, sabiduría del cielo y obediencia radical.

Hoy, más que nunca, necesitamos pastores que prediquen con verdad y no con miedo, con unción y sin manipulación; creyentes que vivan con discernimiento y no por costumbres; iglesias que eleven el estándar del Reino y no el de la cultura. Esta es la hora de los que deciden ver, oír y obedecer. Esta es la hora de los que rechazan pagar el precio de la ignorancia porque han elegido vivir con los ojos abiertos y el corazón rendido.

El alto costo de la ignorancia es real, pero no inevitable. La gracia de Dios aún llama. Su Espíritu aún convence. Su Palabra aún brilla. La pregunta final sigue siendo personal y colectiva: ¿seguiremos en la ceguera o abriremos los ojos? ¿Caminaremos hacia el juicio o nos volveremos al Señor?

La puerta está abierta. La verdad está delante. El Reino se ha acercado. Que no se diga de nosotros que ignoramos lo que Dios reveló con tanto amor. Que no seamos hallados repitiendo errores antiguos. Que esta generación sea recordada como aquella que cambió... y no como la que asumió el costo y terminó cayendo.

“Porque llegará el día en que la gente no querrá escuchar la buena enseñanza. Al contrario, querrá oír enseñanzas diferentes. Por eso buscará maestros que le digan lo que quiere oír. La gente no escuchará la verdadera enseñanza, sino que prestará atención a toda clase de cuentos. Pero tú, Timoteo, mantén la calma en todo momento, soporta los sufrimientos y anuncia siempre la buena noticia. Haz bien tu trabajo.”

2 Timoteo 4:3 al 5 (BLS)



Capítulo tres

LA IGNORANCIA ES TINIEBLAS

“No saben ni entienden; caminan en tinieblas; son sacudidos todos los cimientos de la tierra.”

Salmo 82:5 (LBLA)

La palabra hebrea traducida como “tinieblas” es “*kjoshék*”, que también significa oscuridad, miseria, destrucción, muerte, maldad y, además, “ignorancia”. Bajo este entendimiento, podemos afirmar que el príncipe de las tinieblas, tal como se considera a Satanás, es quien gobierna a través de la ignorancia.

El enemigo es como un tiburón en el agua; es decir, necesita el ámbito adecuado para ejercer su poder. Para el tiburón, el agua es indispensable porque ese es su entorno y ahí gobierna. Sin embargo, si lo sacamos del agua, pierde todo poder. De igual modo, Satanás necesita tinieblas para gobernar, porque donde hay luz, no tiene ningún dominio.

La ignorancia espiritual es tinieblas; no es un simple descuido ni una falta de información. Es una oscuridad tangible y densa que envuelve el entendimiento del alma y la

conduce por senderos torcidos sin que la persona lo sepa. No es solo la ausencia de conocimiento, sino la presencia activa de una niebla que distorsiona, confunde y adormece el espíritu humano. Por eso, en la Escritura, ignorancia y tinieblas son sinónimos; una alimenta a la otra, y ambas se vuelven aliadas en el colapso moral y espiritual de una generación.

Pablo, escribiendo a los efesios, no escatima palabras al describir la condición de quienes están alejados de la vida de Dios: ***“teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay”*** (Efesios 4:18). Aquí no se trata de una simple falta de datos, sino de una mente esclavizada por las sombras. El término “entenebrecido” sugiere una mente nublada, opaca, incapaz de percibir la luz del Evangelio, aunque la luz brille intensamente a su alrededor.

Esta es la condición de millones de personas que caminan, estudian, trabajan, conviven, disfrutan o incluso practican algunas disciplinas que consideran espirituales, como rezar u ofrecer ciertos cultos. En realidad, no pueden ver ni comprender lo eterno; sus mentes están vedadas a la verdad, porque la ignorancia espiritual no se soluciona con disciplinas humanas o religiosas.

En realidad, no hay neutralidad en el alma humana: o la verdad gobierna el entendimiento, o las tinieblas lo envuelven silenciosamente. Cuando la gracia no ha sido derramada, no hay más que tinieblas, y cuando eso ocurre,

los cimientos de la tierra tiemblan, tal como dice el **Salmo 82:5**.

Lo trágico es que esta oscuridad no siempre se presenta como algo repulsivo. A menudo se disfraza de sabiduría intelectual, tradición o normalidad, y se instala como un sistema de pensamiento que adormece a sus víctimas. Son mentes habituadas a las sombras, que incluso se incomodan cuando se les habla de luz. No quieren oír verdades que las confronten; prefieren las tinieblas familiares a la luz que redarguye.

En este contexto, la ignorancia se convierte en una prisión invisible: no tiene barrotes físicos, pero encierra a la persona en ideas falsas, perspectivas distorsionadas y teologías sin poder. Así comienza el cautiverio más profundo, el del pensamiento. Porque quien no ve la verdad, no sabrá por qué sufre, ni de dónde viene, ni hacia dónde va. Camina en círculos, creyendo avanzar, pero sin rumbo ni propósito. Y lo más alarmante: sin darse cuenta.

***“Más la senda de los justos es como la luz de la aurora,
que va en aumento hasta que el día es perfecto.
El camino de los impíos es como la oscuridad; no saben
en qué tropiezan...”***

Proverbios 4:18 y 19

La ignorancia fue el telón de fondo de la tragedia en los días de Noé. No era simplemente una época de violencia y corrupción; era una era donde los hombres vivían sin

discernimiento espiritual, sin conciencia del juicio inminente, sin temor de Dios. Jesús mismo dijo: ***“Y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos” (Mateo 24:39).*** No entendieron. Esa frase resume la tragedia de una generación que caminaba de espaldas a la verdad.

No fue que Dios no hablara. Noé predicó durante décadas, erigiendo un arca en tierra seca como testimonio vivo de lo que vendría. Pero la ceguera espiritual había alcanzado tal profundidad que el mensaje les parecía ridículo, exagerado, ajeno. Esa ignorancia no era pasiva; era activa, militante, burlona. El corazón entenebrecido se resiste a la luz, y cuando la luz viene, la rechaza con hostilidad.

Así como fue entonces, así será también en el final de los tiempos. La historia no se repite por accidente; se repite porque la naturaleza caída del hombre sin Dios permanece intacta. En la medida en que el regreso de Cristo se acerca, la Escritura dice que muchos vivirán en las mismas tinieblas que en esa época:

“Más como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre.”

Mateo 24:37 al 39

No es que hoy en día no haya comunicadores de la verdad; es que la sordera espiritual se ha instalado como norma. Hoy no faltan Biblias ni iglesias que proclamen el verdadero evangelio. Lo que escasea es el entendimiento, la claridad, la luz interior que solo el Espíritu Santo puede traer cuando la verdad es predicada con denuedo.

Lo más trágico de esta ceguera espiritual es que no siempre se reconoce. Muchos creen que ven y, con esa falsa seguridad, rechazan todo llamado al arrepentimiento. Son ciegos que han aprendido a caminar en las tinieblas sin tropezar... por ahora. Pero llegará el momento en que el diluvio de la verdad los alcanzará, y entonces lamentarán no haber entendido cuando aún era tiempo.

El Reino de Dios avanza con luz, no con sombras. La ignorancia, en cualquiera de sus formas, es una amenaza al propósito de Dios en la tierra. No es una debilidad inocente, es una barrera espiritual. Por eso Jesús no la trató con indiferencia, sino con severidad.

“Pero respondiendo él, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Dejadlos; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo.”

Mateo 15:13 y 14

Las tinieblas no solo ocultan, también engañan. Esa es su mayor astucia: hacer pasar lo falso por verdadero, lo enfermizo por normal, lo espiritual por religioso. El apóstol

Pablo nos advierte que en los últimos días muchos serán engañados, y no por falta de medios, sino precisamente por estar expuestos a doctrinas de demonios disfrazadas de piedad (**1 Timoteo 4:1**). Sin duda, los ciegos y guías de ciegos continúan operativos. Las tinieblas no descansan, solo mutan para ser más atractivas, seductoras y sistemáticas.

Esa ignorancia basada en el error ha logrado infiltrarse en la vida de la Iglesia. Jesús lo dijo con claridad al confrontar a los líderes espirituales de su tiempo: esas plantas no las había plantado el Padre, sin embargo estaban ahí. Aquí no hay ambigüedad: un guía ciego es un líder ignorante de la verdad de Dios, aunque cite versículos y sea popular.

La ignorancia espiritual en el liderazgo es aún más peligrosa que la ignorancia en el pueblo, porque se multiplica, se institucionaliza y se vuelve ley. Entiendo que no todos los que enseñan erróneamente lo hacen con maldad. Algunos son ignorantes de buena voluntad. Hoy en día, muchos abren obras tratando de ayudar a Dios, pero en realidad lo hacen sin la preparación adecuada y no comprenden el daño que pueden llegar a causar.

Cristo no atacó la ignorancia de los pecadores con dureza, sino que se compadeció de ellos. Pero fue implacable con los religiosos que enseñaban sin luz. Los fariseos eran expertos en letra, pero ignorantes de la vida; sabían la ley, pero no conocían al Autor.

Jesús los llamó sepulcros blanqueados, una imagen dura pero exacta: por fuera todo parecía correcto, pero por dentro reinaba la muerte. Esa es la obra de las tinieblas disfrazadas de religión. Él dijo que eran hipócritas, que recorrían tierra y mar para ganar adeptos, y cuando los alcanzaban, los hacían personas dos veces más merecedoras del infierno que ellos mismos **(Mateo 23:15)**.

Jesús dijo que ellos tenían la llave, ya que conocían las Escrituras, pero que en realidad no entraban a la vida del Reino ni dejaban entrar a nadie **(Mateo 23:13)**. Así es la ignorancia impartida desde el liderazgo: cierra puertas, impide desarrollos, cambia destinos, anula propósitos. Es el alto costo de la ignorancia espiritual.

Tal como en los días de Jesús, muchas de esas estructuras siguen vivas. Se predicán mensajes que adormecen en lugar de despertar. Se celebran cultos donde la verdad ha sido reemplazada por la motivación, y la santidad por la apariencia. No es una falta de reuniones lo que estamos sufriendo, sino la falta de revelación que el pueblo está padeciendo.

Por eso, una iglesia sin discernimiento es una iglesia en peligro. Donde no se confronta el error con la verdad, la ignorancia se perpetúa como herencia generacional. Muchos no han rechazado a Dios por rebeldía, sino porque solo han conocido caricaturas de Él, deformadas por enseñanzas humanas sin sustancia espiritual.

El enemigo sabe que una iglesia ignorante es inofensiva. Puede cantar, reunirse, crecer en número y aun así no representar una amenaza real para el reino de las tinieblas. Porque mientras el pueblo no vea, no sabrá cómo resistir, ni cómo avanzar, ni a quién seguir. Jesús lo dijo muy bien:

“Este pueblo de labios me honra, pero su corazón está lejos de mí...”

Mateo 15:8

Una de las herramientas más efectivas de las tinieblas ha sido la creación de sistemas religiosos sin vida, con apariencia de santidad pero sin sustancia espiritual; con formas piadosas, pero vacías de la verdad que transforma. Jesús lo denunció con palabras penetrantes: la ignorancia que se refugia en la tradición se vuelve resistente a la luz, porque cree que ya lo sabe todo y que no necesita más.

Las doctrinas de hombres, edificadas sin la guía del Espíritu, han llenado templos y bibliotecas, pero no corazones. Enseñanzas rígidas, nacidas del miedo o del control, han sustituido la revelación viva del Evangelio. Muchos han sido enseñados a temer a Dios, pero no a conocerlo; a cumplir ritos, pero no a caminar en comunión con Él. Este tipo de enseñanza perpetúa la ignorancia y, peor aún, le da forma de piedad.

En nombre de la autoridad espiritual, se han levantado estructuras donde el pensamiento crítico es sofocado, donde

hacer preguntas es sinónimo de rebelión, y donde la obediencia ciega se exalta más que la fe entendida. Pero Dios no llamó a sus hijos a vivir como autómatas religiosos, sino como discípulos que conocen la verdad y que, por esa verdad, son libertados (**Juan 8:32**).

El problema no es solo lo que se ha enseñado mal, sino también lo que se ha dejado de enseñar. Se ha predicado un evangelio sin cruz, una gracia sin arrepentimiento, una fe sin fundamento. Y el resultado es una generación confundida, emocionalmente estimulada, pero espiritualmente inmadura. No se combate la ignorancia solo con buena intención, sino con una predicación firme, bíblica y ungida.

Las falsas enseñanzas no siempre suenan heréticas. A menudo vienen suavizadas, revestidas de frases agradables y promesas rápidas. Pero detrás de ese discurso se esconde una traición a la verdad. Enseñar sin profundidad es alimentar a los creyentes con viento. No es casual que Pablo advirtiera a Timoteo que llegaría el tiempo cuando muchos no soportarían la sana doctrina, sino que se amontonarían maestros conforme a sus propias pasiones (**2 Timoteo 4:3**).

Hoy, más que nunca, la Iglesia necesita volver a la Palabra con reverencia y hambre; no para repetir fórmulas, sino para escarbar hasta encontrar la voz de Dios en medio del ruido. La ignorancia no se vence solo con más información, sino con revelación. Y esta se obtiene cuando la verdad bíblica es abrazada, predicada y vivida con pasión y temor de Dios.

Sin embargo, reitero esto: en medio de tanta oscuridad, hay una gran esperanza, porque al igual que en los días del profeta Elías, siempre habrá un remanente fiel que siga levantando en alto la verdad que alumbra. Siempre habrá hombres y mujeres dispuestos a no negociar la verdad; ministros que, vacíos de ambiciones personales, sean siervos de Dios que no busquen resultados, sino cumplir con la misión asignada por el Padre.

Es verdad que el enemigo ha sembrado ignorancia con astucia, pero Dios ha provisto Su Palabra como espada para cortar el engaño. El Espíritu Santo ha venido a nosotros no solo para consolarnos, sino también para guiarnos a toda verdad (**Juan 16:13**). Y los ministros del Evangelio debemos arder con ese fuego: predicar con convicción, enseñar con profundidad, llorar por los ciegos espirituales e interceder hasta ver corazones abiertos por la luz de Cristo.

El desafío es claro: donde hay ignorancia, debe haber enseñanza. Donde hay tinieblas, debe haber lámparas. Donde hay confusión, debe levantarse la voz del que proclama: “Este es el camino, andad por él...” Porque si la Iglesia calla, las tinieblas avanzarán sin resistencia. Pero si la Iglesia alumbra, los ciegos verán, los cautivos serán libres y los ignorantes se convertirán en discípulos del Reino.

En tiempos donde muchos prefieren la comodidad de no saber, el verdadero cristianismo se atreve a mirar la verdad a cara descubierta. La ignorancia es tinieblas, pero Cristo es

la Luz que brilla en medio de ellas. Y donde Él es anunciado con fidelidad, la oscuridad no prevalecerá.

Amados hermanos, comprendan que este es el clamor de un maestro consciente de que estamos en los últimos tiempos y que las tinieblas están en franco ascenso. Debemos buscar con desnudo la sabiduría espiritual. No me refiero solo al conocimiento bíblico, que es bueno y necesario, sino principalmente a cultivar una comunión profunda con el Espíritu Santo, para que nos proporcione luz respecto de la voluntad del Padre.

Conozco hermanos que poseen un gran conocimiento teológico, de hecho, se jactan al demostrarlo. Pero luego uno se entera de cómo se relacionan con los demás, de cómo llevan adelante sus familias, de cómo administran sus recursos financieros, de cómo reaccionan ante los conflictos, de cómo se desenvuelven como trabajadores. Y al final, no puedo más que concluir que no son sabios, sino necios con conocimiento bíblico.

Ni la sociedad ni nuestro entorno necesitan que les enseñemos teología; lo que necesitan es ver a Cristo. Somos sus embajadores en la tierra, pero si no obramos con Su sabiduría y Su unción, no solo no seremos efectivos, sino que podemos ser un tropiezo para la fe de muchos.

Hace apenas unas horas recibí noticias de un pastor que supe visitar hace unos años. Recuerdo que enseñé en su iglesia y compartí algunas cenas con él. Hablamos de la

Iglesia, del Reino y del servicio ministerial que debemos desarrollar. Este pastor era presidente del consejo pastoral de esa ciudad y tenía buenos estudios teológicos.

Hoy me comentaron que dejó a su esposa y se juntó con una joven con la que había estado cometiendo adulterio desde hacía ya un tiempo. Se quedó con el salón de reuniones y sigue ejerciendo el pastorado con su amante. Su esposa cayó en depresión y padece problemas psicológicos. Sus hijos se apartaron todos del Señor. Pregunto: ¿Le sirvió de algo toda su teología? ¿Es este hombre un ejemplo de sabiduría? ¿Acaso puede ser un embajador de Cristo?

Este es el caso más reciente del que me he enterado, pero lamentablemente conozco un sinnúmero de ejemplos similares. Es muy impactante que esto suceda con ministros del evangelio. ¿Acaso imaginan cuántas situaciones como estas viven algunos hermanos? ¿Somos conscientes del impacto que puede producir nuestro testimonio en nuestro entorno?

El mundo vive esto continuamente porque las tinieblas los mantienen en ignorancia, y porque la ignorancia los mantiene en tinieblas. El orden de estos factores no altera el producto final, porque ambos son sinónimos de un mismo problema. La Iglesia no debe caer en esta condición; ya tenemos luz, porque la vida de Cristo es la luz de los hombres (**Juan 1:4**). Si tenemos a Cristo, tenemos la luz.

Si tenemos Su Espíritu, usemos esta condición de gracia para ir en busca de mayores dimensiones de sabiduría. No permitamos que la ignorancia nos limite. Comprendamos que buscar sabiduría divina es buscar a Cristo y obtener Sus riquezas.

“Unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.”

Colosenses 2:2 y 3



Capítulo cuatro

LA IGNORANCIA ES PÉRDIDA

“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios.”

Apocalipsis 2:7

Hay pérdidas que duelen el cuerpo, otras que laceran el alma, y otras que permanecen invisibles; pero, en todos los casos, sus consecuencias se vuelven irremediables. La ignorancia espiritual es despiadada porque avanza en silencio, sin dar señales, pero desgasta lentamente todo lo que Dios ha provisto para nuestras vidas.

El ignorante no sabe que ha perdido porque no llega a comprender lo que en realidad le ha sido asignado en Cristo. Camina como mendigo teniendo una herencia real; vive como esclavo teniendo acceso al trono. La ignorancia no solo oscurece la mente, como vimos anteriormente, sino que abre grietas en el alma por donde se escurre lo más valioso.

Ignorar lo que Dios ha dicho es permitir que el enemigo tome ventaja sin siquiera resistirlo. Satanás no

necesita convencer a un creyente de pecar abiertamente si puede mantenerlo desinformado, confundido o adormecido. Un cristiano que no conoce la voluntad de Dios no representa amenaza alguna para el infierno.

Y peor aún, sin saberlo, puede estar colaborando con el enemigo por omisión. Donde no hay conocimiento de la verdad, reina la manipulación del error. Donde no hay discernimiento, se infiltran las falsas doctrinas. Y donde no hay palabra revelada, se levanta el ruido de muchas voces que confunden y paralizan al pueblo.

La ignorancia espiritual no es simplemente una carencia intelectual, sino un retroceso de autoridad. Cuando el pueblo de Dios ignora quién es, qué tiene y para qué fue llamado, pierde la capacidad de ejercer gobierno espiritual.

El Reino se debilita en su testimonio, no porque haya perdido poder, sino porque sus embajadores lo ignoran. El enemigo no puede quitarle a la Iglesia lo que Dios le ha dado, pero sí puede lograr que ella lo descuide, lo minimice o lo abandone. En ese descuido se produce la gran pérdida: no de salvación, pero sí de efectividad, de propósito y de conquista.

La ignorancia siempre nos pone en desventaja. Desde el Edén, la estrategia del adversario ha sido sembrar duda sobre lo que Dios dijo: ***“¿Conque Dios os ha dicho...?”*** (Génesis 3:1). Cuando Eva no respondió con convicción, el terreno ya estaba perdido. La duda, hija de la ignorancia, abrió la puerta. Y lo mismo sucede hoy: cuando no se conoce

la verdad, se cree cualquier mentira. Y cuando se abraza una mentira, se renuncia, aunque inconscientemente, a una porción de libertad, de poder y de autoridad que solo florecen en la luz del conocimiento de Dios.

Este capítulo no pretende ser una mera advertencia, sino una recuperación de territorio. Vamos a exponer cómo la ignorancia nos ha hecho perder mucho más de lo que imaginamos. No para acusar, sino para despertar. No para lamentar, sino para abrir los ojos y recuperar lo perdido. Porque el Dios que advierte también restaura, y el Espíritu Santo no solo revela, sino que capacita y devuelve.

La Escritura es clara: ***“para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones” (2 Corintios 2:11).*** El apóstol Pablo revela aquí una verdad poderosa y, al mismo tiempo, alarmante: quien ignora las estrategias del enemigo, inevitablemente le cede terreno. No es necesario que el diablo nos derrote con violencia abierta; muchas veces basta con que nos encuentre desinformados, distraídos o pasivos. Allí donde hay ignorancia, él opera con sigilo. Gana ventaja sin batalla, avanza sin resistencia, toma posición sin enfrentamiento.

El desconocimiento espiritual crea fisuras invisibles en el alma del creyente. Por esas fisuras entran el temor, la duda, la culpa no resuelta, el pensamiento confuso, la falsa piedad, el legalismo, la religiosidad sin poder. El enemigo no necesita atacar con fuerza donde encuentra una puerta abierta

por negligencia. Y esa negligencia casi siempre tiene raíz en la ignorancia.

Hoy en día, muchos creyentes sinceros están siendo vencidos en áreas donde deberían reinar, simplemente porque no saben lo que Dios les ha dado ni cómo usarlo. No conocen sus armas, ni su identidad, ni su posición en Cristo. Luchan contra pensamientos opresivos, pecados recurrentes o ciclos de derrota sin comprender que hay una autoridad que ya nos ha sido otorgada. Pero, ¿cómo usar lo que nunca se ha aprendido? ¿Cómo defenderse de lo que ni siquiera se percibe como ataque?

La ignorancia convierte al cristiano en una figura inofensiva para las tinieblas. Sigue asistiendo a la Iglesia, repite frases religiosas, canta alabanzas, pero en su interior hay una rendición silenciosa. Ha perdido la conciencia de que está en guerra. Y cuando no se pelea la batalla correcta, el enemigo avanza como dueño de territorios que le fueron arrebatados en la cruz, pero que la Iglesia vuelve a ceder por no saber cómo retenerlos.

El llamado de Dios para esta generación es claro: ¡despierten! Levanten los ojos, abran las Escrituras, busquen revelación, conozcan al Dios que ha prometido estar presente en todo momento y en toda batalla. Porque cuando se disipa la ignorancia, se disuelve la ventaja del adversario. Y cuando se conoce la verdad, se recupera el terreno perdido.

Dios no llamó a Su Iglesia para sobrevivir en el mundo, sino para gobernar en medio de él. El primer encargo dado al hombre en el Edén fue una orden de dominio: ***“Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla...”*** (Génesis 1:28). Aunque el pecado distorsionó el diseño original, en Cristo hemos sido restaurados para reinar con Él. No un reinado terrenal según los esquemas del poder humano, sino una autoridad espiritual delegada desde el trono celestial.

Pero, ¿cómo ejercer ese gobierno si no se sabe que se posee? ¿Cómo atar y desatar si no se comprende la dimensión de esa potestad? ¿Cómo interceder con eficacia si se ora sin revelación del lugar de autoridad que se tiene en Cristo? Muchos creyentes oran como súbditos temerosos, no como embajadores con autoridad delegada. Ruegan lo que deberían declarar, suplican lo que ya fue dado, imploran desde la tierra, cuando ya fueron sentados con Cristo en los lugares celestiales (**Efesios 2:6**).

La ignorancia roba esa postura espiritual. El creyente que desconoce su identidad en Cristo será fácilmente manipulado por las circunstancias, las emociones o el razonamiento carnal. En lugar de ejercer gobierno, será gobernado. En lugar de resistir al enemigo, huirá. En lugar de establecer el Reino, se conformará con asistir a reuniones.

Pero el Señor busca una Iglesia que sepa quién es, que se levante con la espada de la Palabra en la mano y el testimonio limpio en el corazón. Una Iglesia que no se conforme con vivir debajo de sus posibilidades espirituales.

Una Iglesia que comprenda que la cruz no solo nos salvó, sino que nos restauró al lugar de gobierno perdido.

Hoy, muchos cristianos están peleando desde abajo, cuando fueron llamados a pelear desde lo alto. Están siendo dominados por pensamientos, hábitos, relaciones y estructuras que podrían ser vencidos si conocieran y ejercieran la autoridad que les fue dada. Porque lo que no se conoce, no se usa. Y lo que no se usa, se pierde. Y cuando la autoridad espiritual no se ejerce, el enemigo usurpa ese espacio.

La ignorancia ha dismantelado muchos altares, ha silenciado voces proféticas y ha vaciado lugares de intercesión. Pero aún no es tarde para recuperar lo perdido. El conocimiento de la verdad, la verdad del Reino, de nuestra posición y de nuestra herencia, será siempre el inicio de una restauración poderosa.

En el reino espiritual, el poder no se mide por carisma, influencia o visibilidad, sino por conocimiento revelado y obediencia activa. Jesús dijo: ***“Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios” (Mateo 22:29)***. Ambas cosas van unidas: donde se ignora la Palabra, se desconoce el poder. Y donde se desconoce el poder, se vive una fe débil, inoperante, meramente ritual.

La ignorancia no solo quita la autoridad para gobernar, también anula la capacidad para actuar con eficacia espiritual. Una iglesia que desconoce el poder que Dios le ha

conferido terminará reducida a una institución moralista, atrapada en programas sin vida, temerosa del sistema y conformista con la cultura. No impacta, no incomoda al infierno, no transforma realidades. Ha perdido su filo.

El poder de Dios no es un adorno espiritual, es una herramienta para cumplir Su propósito. Es poder para sanar, liberar, discernir, transformar y avanzar contra las tinieblas. Pero ese poder no opera en la ignorancia. No se activa automáticamente. Requiere fe, revelación y santidad. Por eso, cuando el pueblo de Dios deja de conocer, también deja de fluir en poder.

Hoy muchos oran por milagros, pero desconocen los principios del Reino que abren paso a lo sobrenatural. Claman por avivamiento, pero viven en contradicción con los fundamentos de ese fuego. Buscan resultados, pero sin conocer el diseño. Y el diseño está en la Palabra, no en la emoción.

El poder del Espíritu Santo está disponible, pero pocos lo experimentan con profundidad porque la ignorancia ha nublado su entendimiento. Se ha reducido la fe a técnicas, frases hechas y espectáculos. Pero el verdadero poder no nace del espectáculo, sino del quebranto; no surge del ruido, sino del conocimiento revelado de Dios.

En el Reino de Dios existen derechos espirituales que han sido ganados por Cristo y otorgados a los hijos. No se trata de reclamar con arrogancia, sino de comprender lo que

nos ha sido dado por gracia. Somos herederos con Cristo **(Romanos 8:17)**, tenemos acceso libre al Padre, somos templo del Espíritu, fuimos sellados con autoridad, revestidos de justicia y enviados con respaldo celestial.

Pero, ¿qué sucede cuando estos derechos no se conocen? Se vive como huérfanos espirituales. Se teme el castigo, se duda del perdón, se ora con desconfianza, se vive como si se necesitara ganarse todo lo que ya fue otorgado. La ignorancia del pacto debilita la fe, contamina la imagen de Dios y produce un cristianismo ansioso, culpable y esclavo de sus emociones.

Muchos hijos de Dios caminan como si fueran extraños a la casa del Padre. Piden permiso para entrar donde ya tienen libre acceso. Se sienten indignos de lo que Cristo les ha regalado. No saben qué reclamar en oración, qué esperar del cielo, qué rechazar del infierno. Estos no conocen sus beneficios ni sus privilegios.

La vida en Cristo no es solo una vida de deberes, sino también de privilegios. Somos invitados a participar de la comunión con el Padre, a ser guiados por Su Espíritu, a recibir revelación de los misterios del Reino, a interceder con autoridad, a experimentar paz sobrenatural y a vivir con gozo en medio de la prueba. Son privilegios reservados no para una élite espiritual, sino para todo aquel que conoce a su Dios y camina en Su verdad.

Sin embargo, cuando estos privilegios no se conocen, tampoco se disfrutan. La ignorancia espiritual convierte la vida cristiana en una carga religiosa, cuando fue diseñada para ser una vida abundante. Jesús no vino a ofrecernos una rutina, sino una plenitud: ***“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”*** (Juan 10:10).

Dios desea que sus hijos vivan con dignidad espiritual, no como mendigos del Reino, sino como hijos amados. La ignorancia ha despojado a muchos del consuelo del Espíritu, de la dulzura de la oración íntima, de la fuerza que hay en la adoración verdadera. Ha vaciado de sentido la liturgia y ha reducido la vida devocional a un hábito mecánico, cuando debería ser una fiesta del alma.

Nuestra posición en Cristo es uno de los pilares más gloriosos y, a la vez, más ignorados del evangelio. No tenemos una relación con Cristo como muchos pretenden; nosotros vivimos en Él. Unidos a Su muerte, a Su resurrección, a Su victoria, a Su cuerpo. Esto significa que nuestra identidad está escondida en la Suya. Lo que somos, lo somos en Él. Lo que recibimos, lo recibimos por Él. Lo que hacemos, lo hacemos en Su nombre.

“Pero el que se une al Señor, un espíritu es con Él.”

1 Corintios 6:17

El apóstol Pablo lo dice con claridad: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en***

Cristo” (Efesios 1:3). Pero, ¿qué sucede cuando esta posición no se comprende? El creyente vive desde su condición natural, no desde su posición espiritual. Se define por sus errores, sus emociones, sus fracasos o por las opiniones ajenas, en vez de definirse por lo que Dios ha dicho de él en Cristo.

La ignorancia de nuestra posición abre la puerta a la inestabilidad emocional, al legalismo, a la culpa crónica y al sentimiento de inferioridad espiritual. Se vive tratando de agradar a Dios desde el esfuerzo humano, en vez de hacerlo desde la certeza de haber sido aceptados y posicionados en el Amado (**Efesios 1:6**).

Recuperar esta conciencia es vital, porque cuando el creyente comprende su posición, su oración cambia, su forma de pensar se eleva, su actitud ante la vida se transforma y su resistencia al pecado se fortalece. Quién sabe dónde está parado en Cristo no negocia su herencia, pero quien lo ignora fácilmente se desliza hacia la duda, la tibieza o la derrota.

Las bendiciones de Dios tampoco son casualidades ni simples regalos arbitrarios; son promesas activadas por la fe y el conocimiento de Su voluntad. El apóstol Pedro lo declara con autoridad: ***“todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de Aquel que nos llamó”*** (2 Pedro 1:3). La ignorancia, por tanto, no es solo falta de información, sino un obstáculo real para recibir lo que ya ha sido entregado por gracia.

Hay bendiciones que ya fueron provistas, pero que no llegan a nuestras manos por desconocimiento. Hay provisiones preparadas en lo alto, pero no desatadas en lo bajo, porque nadie ha clamado por ellas desde la revelación. El cielo no responde a la ignorancia, sino a la fe iluminada por la verdad. La Biblia está llena de llaves espirituales, pero quien no las conoce se queda afuera de puertas que Dios ya abrió.

La ignorancia espiritual ha provocado generaciones de creyentes que viven como si las promesas fueran inalcanzables, cuando en realidad están disponibles. Se ha orado mucho por cosas que no requieren súplica, sino conocimiento. Se ha pedido lo que simplemente debía tomarse por derecho de herencia. Se ha ayunado para convencer a Dios, cuando el verdadero problema ha sido ignorar Su carácter y Su Palabra.

Dios no niega sus bendiciones, pero tampoco las entrega a la negligencia. Él honra la fe, y la fe se alimenta del oír Su Palabra. Por eso, el pueblo que no escudriña, que no busca, que no escarba en el pozo profundo de la revelación, termina conformándose con migajas cuando le han sido asignadas mesas de abundancia. Y el enemigo lo sabe. Por eso trabaja tan intensamente para distraer, para entretener, para adormecer el hambre espiritual. Porque si el creyente ignorante se mantuviera en esa condición, jamás descubriría lo que ya le pertenece.

En el Reino de Dios hay momentos clave, estaciones espirituales, puertas que se abren en lo alto para quienes están atentos en lo bajo. Jesús lloró sobre Jerusalén por una sola razón: ***“porque no conociste el tiempo de tu visitación”*** (Lucas 19:44). La ignorancia de la hora espiritual es una de las pérdidas más trágicas del pueblo de Dios. Cuando no se discierne el tiempo de Dios, se dejan pasar oportunidades que no siempre vuelven.

Hay llamados que se desvanecen por falta de respuesta. Hay conexiones divinas que no se aprovechan por temor o desconocimiento. Hay obras preparadas de antemano para que andemos en ellas (Efesios 2:10), pero muchos no caminan en esos caminos por no conocer la voz que los convoca. La ignorancia cierra los ojos del alma y adormece los sentidos espirituales.

Mientras tanto, las oportunidades pasan. El río fluye, pero no se entra en él. El Espíritu habla, pero no se discierne. La cosecha está lista, pero los obreros distraídos no la ven. Y así, por ignorancia, se pierden momentos de gloria, asignaciones únicas y estaciones de gracia que podrían haber sido transformadoras.

Dios no solo quiere que su pueblo sea santo, quiere que sea sabio. No solo desea que vivamos en integridad, sino en discernimiento. Porque en el Reino, quien no reconoce el tiempo de Dios, no sabe cómo responder a Su mover. Y quien no responde, pierde la oportunidad de ser parte de lo que el cielo está haciendo.

Dios nunca envía a Sus hijos a una batalla sin provisión. Donde hay un llamado, hay una provisión correspondiente. Donde hay una misión, hay recursos celestiales preparados para llevarla a cabo. Así es el Reino: funcional, estratégico, abundante en lo que importa. Pero cuando el pueblo de Dios desconoce cómo accionar en esa economía espiritual, termina caminando con escasez en medio de un Reino inagotable.

Los recursos del Reino no se limitan a lo material, aunque también lo incluyen, sino que abarcan la sabiduría, la gracia, la visión, la dirección, la paz, los dones, las personas correctas, el tiempo oportuno, la fuerza renovada y las estrategias que nacen del corazón del Padre. Sin embargo, cuando se ignora cómo opera el Reino, se malgastan los recursos, se menosprecian las herramientas, se cierran las manos y se pierden tesoros preparados.

La ignorancia lleva a los creyentes a sostenerse en lo que ven, en lugar de depender de lo que Dios prometió. Y al hacerlo, terminan agotados, frustrados, limitados, rodeados de necesidades que ya fueron cubiertas en Cristo, pero que nunca fueron activadas por fe. Así como el pueblo de Israel murió en el desierto a pesar de estar a las puertas de la Tierra Prometida, también hoy muchos se quedan sin herencia no por falta de promesa, sino por ignorancia de cómo poseerla.

Cuando la Iglesia desconoce los recursos que tiene, comienza a imitarlos del mundo. Sustituye el fuego por luces, el poder por estructura, la gracia por esfuerzo humano, la guía

del Espíritu por marketing y el respaldo de Dios por estrategias vacías. Todo eso es pérdida. Y todo eso nace en la raíz de no conocer al Dios de los recursos ni las riquezas que ha puesto a disposición de sus hijos.

He mencionado algunos beneficios que podemos perder por causa de la ignorancia. Hay muchos más, pero creo que es suficiente para comprender de qué manera los eslabones de la gracia se quiebran cuando reina la ignorancia espiritual. El enemigo gana ventaja. Se pierde autoridad, poder, derechos, privilegios. Se pierde posición, bendición, oportunidad y recursos. Y todo esto no ocurre necesariamente por pecado deliberado, sino por no saber, por no haber visto, por no haber despertado.

Pero Dios, en Su misericordia, está llamando a Su Iglesia a salir del letargo. Nos invita a una reforma interior basada en la verdad. A reencontrarnos con Su Palabra, no como un libro religioso, sino como una mina de oro eterno. Nos llama a escuchar otra vez Su voz, no como eco lejano, sino como guía personal. A vivir no desde la carencia, sino desde la plenitud que ya nos ha sido otorgada en Cristo.

La ignorancia ya ha robado demasiado al pueblo de Dios. Ha paralizado generaciones, ha limitado ministerios, ha diluido la identidad de los santos. Pero ya no más. El Espíritu Santo está encendiendo el deseo de saber, el hambre por la Palabra, la pasión por la verdad. Porque el precio de la ignorancia es demasiado alto... y ya ha sido pagado por demasiado tiempo. No fuimos llamados a perder, sino a

disfrutar todo lo que el Señor ha ganado para nosotros. Este es el tiempo de volvernos al saber divino.

“Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.”

Romanos 8:37



Capítulo cinco

TIPOS DE IGNORANCIA ESPIRITUAL

“Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento. Por cuanto tú has rechazado el conocimiento, yo también te rechazaré para que no seas mi sacerdote; como has olvidado la ley de tu Dios, yo también me olvidaré de tus hijos.”

Oseas 4:6

La ignorancia espiritual tiene rostros, manifestaciones, niveles y alcances diversos. Se disfraza, se mimetiza con el lenguaje religioso, con el sentimentalismo superficial y, muchas veces, incluso con el fervor mal guiado. No es simplemente un vacío de conocimiento; es una distorsión del alma, una miopía del espíritu, un extravío del propósito de Dios en el corazón humano.

Por eso, no toda ignorancia es igual. Hay ignorancia que nace de la resistencia voluntaria y otra que brota de la falta de enseñanza fiel. Hay ignorancia por endurecimiento y hay ignorancia por negligencia. El Reino de Dios se edifica con luz, pero donde hay ignorancia espiritual crecen sombras

que afectan profundamente la vida del creyente y de la Iglesia.

La Palabra no es ambigua respecto a esta realidad. Nos muestra con claridad los distintos rostros de la ignorancia y nos alerta acerca del precio de tolerarla, justificarla o perpetuarla. De hecho, en el juicio de Dios sobre las naciones, y también sobre Su pueblo, la ignorancia nunca fue una excusa válida, sino una condición que será confrontada y corregida.

La primera y más evidente forma de ignorancia espiritual que vuelvo a mencionar es la que habita en el corazón de los impíos, es decir, de aquellos que tienen cerrados sus oídos a la voz de Dios, endurecida su conciencia y entenebrecida su mente. Es cierto que la ausencia de la vida divina es ausencia de luz en ellos, pero esto no es una excusa delante de Dios.

El apóstol Pablo escribe acerca de ellos en su carta a los Romanos: ***“Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó... pero no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido”*** (Romanos 1:19 al 21). Esta es la ignorancia rebelde, la que nace no de la ausencia de revelación, sino del desprecio hacia ella. Es verdad que los impíos no tienen revelación, pero cuando analizan la creación y los principios divinos, se niegan a utilizar la lógica, y siempre caminan hacia la oscuridad.

Este tipo de ignorancia es activa: se levanta contra Dios, reemplaza la verdad con mentira y construye sistemas morales sin fundamento. Es la ignorancia que no solo destruye a la persona, sino que corrompe la cultura, distorsiona la justicia y redefine lo bueno y lo malo. Su efecto no es solo personal, sino generacional. Es la ignorancia que construye ídolos con forma humana y reemplaza la gloria del Creador por vanas filosofías.

Por supuesto, esta forma de ignorancia es la más trágica, porque cuando se prolonga en el tiempo, produce un estado de reprobación: Dios deja de contender con el corazón del hombre (**Romanos 1:28**). Por eso, no basta con predicar moralidad; es necesario predicar la verdad que redime. El impío no necesita una reforma ética, sino una transformación espiritual. La ignorancia impía no se disipa con información, sino con revelación. Y la revelación solo brota donde la Palabra es proclamada con poder y el Espíritu abre los ojos del corazón.

Pero la mayor tragedia no es la ignorancia en el mundo, sino cuando esa ignorancia comienza a infiltrarse en el pueblo de Dios, revestida de liturgia pero sin poder. Es allí donde se vuelve más sutil y peligrosa. Por eso, en las próximas páginas recorreremos otras formas de ignorancia espiritual que, aunque menos visibles, resultan igual o más dañinas para el testimonio del Evangelio y la salud de la Iglesia.

“Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia, porque lo hice por ignorancia, en incredulidad.”

1 Timoteo 1:13

Cuando la ignorancia entra al mundo, oscurece; pero cuando entra a la Iglesia, contamina. No estamos hablando de la falta de información doctrinal en los recién convertidos, sino de una ignorancia que se instala, se perpetúa y se institucionaliza.

Una ignorancia que se acomoda en los bancos, que aplaude desde el púlpito y que canta con fervor, pero sin entendimiento. Es una ignorancia peligrosa porque se reviste de piedad, aunque niega su eficacia (**2 Timoteo 3:5**). Es aquella que escucha sermones sin discernimiento, celebra sin comprensión, sirve sin dirección y adora sin revelación.

Jesús confrontó este tipo de ignorancia con dureza: ***“Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios”*** (**Mateo 22:29**). No les hablaba a paganos, sino a los líderes religiosos. Es posible tener acceso a las Escrituras y, sin embargo, vivir en el error. Es posible conocer versículos y, aun así, estar ciegos al corazón de Dios. Esta ignorancia no es falta de Biblia, es falta de luz. No es carencia de tradición, sino ausencia de vida espiritual comprometida.

La Iglesia contemporánea no es ajena a esta realidad. La proliferación de enseñanzas centradas en el humanismo, las doctrinas superficiales y las promesas

descontextualizadas han producido creyentes con un vocabulario cristiano, pero sin fundamentos sólidos. Multitudes de fieles no conocen el carácter santo de Dios, ni la naturaleza del pecado, ni la profundidad del arrepentimiento. Se repiten frases como “decláralo y será tuyo”, pero se desconoce el costo del discipulado verdadero. Se habla de “prosperidad” sin hablar de santidad. Se celebra la bendición, pero se ignora la cruz.

La ignorancia dentro de la Iglesia también se manifiesta en la falta de discernimiento. Se llama “unción” a la emocionalidad, se confunde el entusiasmo con la presencia divina y se toleran errores doctrinales en nombre del amor o la unidad. Tal como encabezé el capítulo, en los días del profeta Oseas el concepto fue claro: ***“Mi pueblo fue destruido porque le faltó conocimiento”***. No dice que fue herido, debilitado o desviado: fue destruido. La falta de conocimiento espiritual no solo limita, sino que arruina.

En este contexto, el rol de maestros fieles y de pastores que edifiquen sobre el fundamento apostólico se vuelve urgente. Porque el antídoto contra esta ignorancia no es el entretenimiento religioso, sino la exposición fiel a la Palabra. La Iglesia necesita volver a enseñar a sus hijos quién es Dios, qué hizo Cristo en la cruz, qué significa vivir por el Espíritu y cómo se camina en santidad. La ignorancia no se vence con activismo ministerial, sino con instrucción clara, oración constante y comunión viva con el Señor.

Y dentro de esta ceguera instalada, hay un tipo de ignorancia aún más sutil y dolorosa: la ignorancia de la gracia. Cuando la gracia es mal entendida o mal predicada, no solo se deforma el Evangelio, sino que se desvía el camino de los que buscan al Salvador. Y hacia esa herida nos dirigimos ahora.

“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados!”

Efesios 2:4 y 5

Pocas cosas han sido tan malentendidas en el caminar espiritual como la gracia. Algunos la han reducido a un permiso para pecar sin culpa, y otros la han confundido con una exigencia para vivir bajo presión legalista. Pero la gracia no es ni libertinaje ni ley: es el obrar sobrenatural de Dios a favor del ser humano, no solo para salvarlo, sino para transformarlo.

La gracia es la atmósfera del Reino, el lenguaje del corazón del Padre, el poder que nos sustenta y la ternura que nos corrige. Sin embargo, cuando la Iglesia ignora la gracia, el Evangelio pierde su esencia y el alma se extravía en extremos que pueden ser muy peligrosos.

El apóstol Pablo luchó con este tema en más de una carta. A los gálatas les escribió con profundo dolor: ***“¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a***

la verdad...? ¿Tan necios sois? Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora vais a acabar por la carne?” (Gálatas 3:1 al 3). La ignorancia de la gracia los llevó a volver a confiar en sus méritos, en sus esfuerzos religiosos, en sus ritos. Y al hacerlo, anulaban la cruz. Este es uno de los peligros más sutiles: vivir como si la salvación dependiera de nosotros, como si la justicia propia pudiera reemplazar la obra del Cordero.

Pero también hay un extremo opuesto: aquellos que toman la gracia como licencia para vivir sin transformación. Judas lo advirtió con claridad: ***“Porque algunos hombres han entrado encubiertamente... convirtiendo en libertinaje la gracia de nuestro Dios” (Judas 4).*** Esta es la ignorancia que banaliza la cruz, que convierte la sangre del pacto en una excusa para la mediocridad, que dice “Dios me ama tal como soy” pero nunca quiere ser cambiado por Él. Es una ignorancia disfrazada de espiritualidad inclusiva, pero que termina alejando el alma de la santidad.

Ignorar la gracia es ignorar el corazón del Evangelio. Es no comprender que todo lo que somos, tenemos y hacemos en Cristo lo recibimos como un don. Es vivir bajo peso o bajo engaño, pero nunca en libertad. Y quien no entiende la gracia no puede enseñar con autoridad, ni predicar con pureza, ni corregir con misericordia. Porque la gracia no es una doctrina más: es el rostro de Dios inclinado hacia el hombre en su miseria, con los brazos abiertos, pero con el poder para hacer nuevas todas las cosas.

Cuando la Iglesia desconoce esta gracia, se vuelve dura, áspera, implacable o, por el contrario, superficial, tibia y complaciente. En ambos casos pierde su rumbo. Pero hay una ignorancia aún más profunda que suele acompañar esta deformación: la ignorancia del Nuevo Pacto. Porque si no comprendemos el pacto bajo el cual vivimos, terminaremos ministrando bajo los términos de uno que ya fue abolido.

Y hacia ese territorio nos dirigiremos ahora, para exponer con claridad lo que muchos aún no han visto: que Cristo no solo perdonó nuestros pecados, sino que inauguró una nueva forma de llegar al Padre y vivir en plena comunión con Él.

“Pero ahora Él ha obtenido un ministerio tanto mejor, por cuanto es también el mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas.”

Hebreos 8:6

Vivir bajo el Nuevo Pacto sin conocer sus implicancias es como habitar en una casa luminosa, pero con los ojos vendados. Muchos creyentes transitan su fe como si Cristo aún no hubiera venido, como si la cruz no hubiese rasgado el velo del templo, y como si aún tuvieran que conquistar el favor divino con sacrificios humanos. Esta ignorancia no solo confunde el pasado con el presente, sino que impide vivir en la plenitud de la obra consumada.

El Nuevo Pacto no es una mejora del antiguo; es un pacto completamente Nuevo, mejor fundado y eternamente

superior. Este pacto fue sellado no con sangre de animales, sino con la sangre del Hijo eterno. No fue grabado en tablas de piedra, sino en los corazones. No depende de nuestra obediencia externa, sino de la obra interna del Espíritu que nos transforma desde lo profundo.

Sin embargo, la ignorancia del Nuevo Pacto ha mantenido a muchos creyentes cautivos de una religiosidad pesada, de un cristianismo que vive más pendiente del castigo que del amor, más del temor que de la confianza, más del rito que de la relación. Se recitan oraciones, pero no se disfruta la intimidad. Se siguen normas, pero no se camina en libertad. Se habla de redención, pero se vive como esclavos espirituales. Esta es una de las consecuencias más graves de esta ignorancia: anular en la práctica lo que ya ha sido otorgado por gracia.

Hace un tiempo, estando en otro país, una persona que ejerce un ministerio muy importante me dijo: *“Hay que tener cuidado porque ahora hay todo un movimiento de gente que anda predicando sobre el Nuevo Pacto y están causando muchos problemas...”* Escuché atentamente y pensé: qué espanto que una persona que sirve a Dios, descalifique el Nuevo Pacto como la esencia que debe atravesar todo. Los problemas no son causados por quienes predicamos el Nuevo Pacto, sino por quienes lo ignoran.

Cuando esta ignorancia está instalada en el liderazgo, impide que muchos entiendan su identidad. El Nuevo Pacto declara que hemos sido hechos hijos, herederos, coherederos

con Cristo, sentados con Él en los lugares celestiales (**Efesios 2:6**). No somos peregrinos sin nombre ni ciudadanos de segunda clase en el Reino. Somos parte de una nueva creación, llamados a vivir por el Espíritu, ya no bajo condenación, sino en adopción, en poder y en justicia.

El creyente que no entiende el Nuevo Pacto corre el riesgo de servir como si Dios aún estuviera distante, de adorar como si necesitara conquistar Su favor, y de predicar como si la obra no estuviera terminada. Pero Jesús no dijo “lo empezaré”, sino **“consumado es”**. La Iglesia que ignora esta verdad no vive con autoridad, sino con incertidumbre; no ora con fe, sino con duda; no camina con gozo, sino con peso.

Y esta falta de entendimiento no solo afecta la vida espiritual personal, sino también la misión. Porque quien no conoce la magnitud del pacto bajo el cual vive, no podrá manifestar la realidad del Reino que lo gobierna. De hecho, esta es otra dimensión donde la ignorancia espiritual causa estragos: el desconocimiento del Reino de Dios, de su naturaleza, poder y propósito. Y a eso nos dirigiremos ahora con reverencia y claridad.

La proclamación de Jesús fue clara desde el principio: **“El Reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y creed en el evangelio” (Marcos 1:15)**. Él no trajo una religión nueva, sino un Reino eterno. Sin embargo, muchos creyentes viven sin conciencia de esta realidad espiritual que les rodea, les habita y les transforma.

La ignorancia del Reino produce una fe fragmentada, que separa lo espiritual de lo cotidiano, lo eterno de lo presente. Se cree que el Reino es solo un lugar futuro al que iremos después de morir, y se olvida que Jesús enseñó a orar: ***“Venga tu Reino, hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”*** (Mateo 6:10). El Reino no es solo una esperanza futura; es una realidad presente que transforma corazones, casas, iglesias, ciudades y naciones.

Pero ¿qué ocurre cuando esta verdad se ignora? La Iglesia pierde su misión. El Evangelio se reduce a una experiencia emocional o a una rutina dominical. Los creyentes se vuelven consumidores espirituales, no embajadores del Reino. Se predica salvación personal, pero no transformación cultural. Se ora por bendición, pero no por justicia. Se espera el cielo, pero se descuida la tierra.

El Reino es gobierno, orden divino, autoridad sobre las tinieblas, justicia que irrumpe en medio de la corrupción, paz que desafía la violencia, gozo que no depende de circunstancias. Cuando la Iglesia vive sin conciencia del Reino, se conforma con una espiritualidad privada, carente de impacto público. El mundo permanece sin luz porque los hijos del Reino no entienden su llamado a ser ***“la sal de la tierra”*** y ***“la luz del mundo”*** (Mateo 5:13 y 14).

Además, esta ignorancia impide comprender las batallas espirituales que debemos librar. Porque solo el que entiende que está en un Reino puede pelear como soldado del Rey. Donde no hay revelación del Reino, se tolera la

pasividad, se normaliza el pecado y se abdica la autoridad delegada por Cristo. Por eso, la ignorancia del Reino no es un tema menor: es una fractura en la identidad espiritual del creyente.

Y como si esto fuera poco, muchos desconocen que el Rey, al ascender, no solo nos dio entrada al Reino, sino que nos dejó herramientas para avanzar en Su obra: “los dones del Espíritu”. Pero lamentablemente, también allí reina la ignorancia. Ya sea por temor, por tradición o por incredulidad, muchos descalifican los dones. Y a ese punto nos dirigimos ahora, para continuar desenmascarando los rostros de una ignorancia que limita el avance de la Iglesia y apaga el fuego del Espíritu.

La Iglesia fue diseñada por Dios para operar con poder, sabiduría y gracia, equipada con dones espirituales que fluyen desde el Espíritu Santo para la edificación del Cuerpo y la extensión del Reino. Sin embargo, una gran parte del pueblo de Dios vive sin conciencia, sin hambre y sin uso de estos dones. Esta es una de las formas más tristes de ignorancia espiritual: tener recursos celestiales a disposición y vivir como si no existieran.

El apóstol Pablo, sabiendo cuán fundamental era este tema, escribió una advertencia directa: ***“No quiero, hermanos, que ignoréis acerca de los dones espirituales” (1 Corintios 12:1)***. El verbo es urgente, el tono apostólico, y el trasfondo revelador nos muestra que había confusión, tal vez mal uso, pero sobre todo, un gran desconocimiento de los

dones. Esa advertencia sigue vigente hoy. Hay iglesias que niegan los dones por temor al desorden, y otras que los manipulan sin reverencia. Pero el problema más común es la indiferencia: dones sin buscar, sin desarrollar y sin activar.

Cuando los dones no son enseñados ni comprendidos, la Iglesia se vuelve dependiente del esfuerzo humano, de la organización, del carisma natural. Se sustituye el fuego del Espíritu por estrategias de marketing, se reemplaza la palabra profética por la motivación emocional, y se apaga la obra sobrenatural bajo una aparente prudencia que, en realidad, es incredulidad disfrazada.

El Espíritu Santo no nos fue dado solo para consolar, sino para empoderar. Los dones no son ornamentos, son herramientas de alcance, de edificación, de dirección. Cada creyente tiene al menos un don, y el Espíritu reparte a cada uno como Él quiere (**1 Corintios 12:11**). Ignorar esto es amputar al Cuerpo. Es como si un soldado entrara al campo de batalla sin armas, o un constructor levantara una casa sin herramientas. Por eso, la ignorancia de los dones no solo empobrece, sino que debilita a la Iglesia entera.

Además, el desconocimiento de los dones suele conducir al individualismo espiritual. Cuando no entendemos que cada miembro fue diseñado para servir a los demás con lo que Dios le dio, se cae en el egoísmo, en la pasividad o en la envidia. Se codician dones ajenos en lugar de activar los propios. Se espera que “otros hagan” lo que solo uno mismo fue llamado a realizar.

Por eso, recuperar la enseñanza clara, equilibrada y bíblica sobre los dones del Espíritu no es opcional. Es esencial. Pero esto nos conduce a una dimensión mayor: el reconocimiento de que todos esos dones, funciones y llamados no fueron diseñados para operar en soledad, sino en profunda unidad. Y allí encontramos una de las formas de ignorancia más sutiles, pero más letales para el testimonio del Evangelio: “la ignorancia de la necesidad de la unidad”.

En el corazón de Dios arde un anhelo eterno: que Su pueblo sea uno. No una masa uniforme, sino un cuerpo vivo, diverso y unido en propósito, esencia y amor. Jesús lo expresó con lágrimas en la oración más profunda registrada en los evangelios: ***“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea...”*** (Juan 17:21). La unidad no es un detalle doctrinal, es una condición espiritual que valida el testimonio de la Iglesia ante el mundo. Ignorar esto es ignorar el deseo del Hijo antes de ir a la cruz.

Sin embargo, en muchas comunidades cristianas reina una ignorancia alarmante sobre la urgencia de esta unidad. Se ha confundido unidad con uniformidad, con conformismo o incluso con debilidad. Pero la unidad verdadera no es ausencia de conflictos, sino presencia del Espíritu Santo. No es negación de diferencias, sino rendición mutua bajo el señorío de Cristo.

Cuando se ignora la necesidad de la unidad, la Iglesia se fragmenta en nombres, estilos, visiones personales o

banderas denominacionales que, en lugar de enriquecer, dividen. Se compite por miembros, se desprecia al diferente, se desacredita al que piensa distinto. Así, el Cuerpo de Cristo se convierte en un organismo paralizado, donde cada miembro lucha por su independencia en lugar de colaborar por el bien común.

Pablo lo entendía profundamente, y por eso rogaba a los efesios: ***“Solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3)***. Nótese que no dice “crear la unidad”, sino guardar la que ya fue establecida por la verdad eterna. La unidad no se produce desde la carne, sino que se preserva desde el Espíritu. Pero esto exige madurez, humildad y revelación. Donde hay ignorancia sobre la unidad, hay ego, protagonismo, celos, contienda y sospecha.

Además, la unidad no es solo un principio espiritual: es una necesidad operativa. La Iglesia dividida no puede edificar, no puede avanzar, no puede resistir al enemigo. Jesús dijo que ***“una casa dividida contra sí misma no podrá permanecer” (Mateo 12:25)***. Por tanto, cada forma de ignorancia espiritual abordada hasta aquí, ya sea la del impío, la del creyente, la de la gracia, el Nuevo Pacto, el Reino o los dones, encontrará su expresión más destructiva cuando se infiltra en una Iglesia que no entiende que somos un cuerpo, y no piezas sueltas en un tablero.

La ignorancia espiritual es más que un déficit de conocimiento: es una distorsión del propósito divino. Y como tal, debe ser confrontada con la verdad, la Palabra y la

presencia viva del Espíritu Santo. Porque solo cuando la Iglesia vea con claridad cada uno de estos aspectos podrá vivir a la altura del llamado que ha recibido.

Este es el clamor de este capítulo, y la carga de este libro: que la Iglesia preciosa despierte, vea, entienda y camine en luz. Porque la ignorancia espiritual tiene un costo... pero el conocimiento revelado en Cristo produce libertad, madurez y gloria.

“Porque todo lo que se deja poner en claro, participa de la luz. Por eso se dice: Despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos, y Cristo te alumbrará.”
Efesios 5:14



Capítulo seis

LA IGNORANCIA ESCATOLÓGICA

“Habla de la palabra profética más segura como una antorcha que alumbra en lugar oscuro, enfatizando que la profecía no es de interpretación privada, sino inspirada por el Espíritu Santo.”

2 Pedro 1:19 al 21

Vivimos en un tiempo que parece arrancado directamente de las páginas proféticas de la Escritura. Las naciones tiemblan, los gobiernos se sacuden, los valores se invierten, y los corazones desfallecen de temor ante lo que está por venir.

Estamos ante un escenario global en constante mutación, donde cada nuevo conflicto, cada colapso económico, cada avance tecnológico y cada decisión política parecen empujar a la humanidad hacia un clímax anunciado hace siglos por los profetas. Sin embargo, paradójicamente, en medio de este despertar profético del planeta, la Iglesia parece dormida. No por falta de señales, sino por falta de discernimiento.

La ignorancia escatológica, es decir, la falta de entendimiento acerca del tiempo del fin según las Escrituras, no es un simple olvido doctrinal. Es una negligencia peligrosa que puede convertir a la Iglesia en una espectadora pasiva de una historia que fue llamada a interpretar, anunciar y enfrentar con fe. Cuando el pueblo de Dios desconoce el tiempo en que vive, pierde su voz profética, su urgencia evangelizadora y su preparación espiritual. Como vírgenes insensatas, muchos han descuidado el aceite de la revelación y han dejado de velar.

Jesús reprendió a los fariseos no por desconocer los ciclos naturales, sino por su incapacidad de discernir los tiempos espirituales, por eso les dijo: ***“Sabéis distinguir el aspecto del cielo, ¡pero no sabéis discernir las señales de los tiempos!”*** (Mateo 16:3). Esa misma reprensión se ciernen hoy sobre una Iglesia que, aunque equipada con profecías claras, ha preferido enfocarse en lo superficial, olvidando que la historia humana tiene una dirección, un desenlace y un Rey que pronto viene.

No se trata de predecir fechas ni de caer en especulaciones apocalípticas. Se trata de entender el pulso profético de la historia desde la revelación bíblica, para vivir con sobriedad, discernimiento y propósito. Cada generación tiene el deber sagrado de interpretar su tiempo a la luz de la Palabra. Pero esta generación, más que ninguna otra, está llamada a estar alerta, pues las piezas del rompecabezas final están cayendo en su lugar con una velocidad que no deja espacio para la indiferencia.

La ignorancia escatológica es un lujo que la Iglesia no puede permitirse en este siglo. Desconocer lo que ocurre en el mundo no nos protege: nos expone. No saber lo que viene no nos da paz: nos convierte en víctimas del engaño. En cambio, el conocimiento de los tiempos, como el que tuvieron los hijos de Isacar (**1 Crónicas 12:32**), posiciona al pueblo de Dios para actuar con sabiduría, firmeza y fe.

El escenario global actual no es casual ni desconectado del plan divino. Detrás de las crisis económicas, los pactos internacionales, los avances tecnológicos y las guerras silenciosas o evidentes, se mueve una realidad espiritual que la Biblia anticipó desde tiempos antiguos. Entender la geopolítica desde una perspectiva espiritual no es caer en teorías conspirativas, sino leer los titulares del mundo con los ojos de la Palabra.

Los imperios de esta tierra no son eternos. La historia lo ha probado una y otra vez: Babilonia cayó, Persia se desmoronó, Roma se fragmentó. Sin embargo, lo que hoy se configura es un nuevo tipo de imperio, más sutil pero más peligroso: un sistema global que busca homogeneizar la cultura, controlar la información, redefinir la moral, borrar las fronteras de la fe y reemplazar la soberanía divina por una estructura de dominio humano. ¿Cómo puede la Iglesia mantenerse neutral ante estos cambios? ¿Cómo vivir sin discernimiento en medio de este estruendo profético?

La Escritura no nos llama a temer, sino a entender. Jesús no ocultó a sus discípulos los acontecimientos por

venir; al contrario, los instruyó para que no fueran sorprendidos. ***“Os he dicho todas estas cosas para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho” (Juan 16:4).*** No hay excusa para la ignorancia cuando la profecía ha sido revelada con tanta claridad.

Los libros proféticos, como Daniel, Isaías, Ezequiel, Zacarías y, sobre todo, Apocalipsis, no son acertijos reservados para eruditos, sino cartas abiertas para una Iglesia vigilante. Nos muestran patrones históricos que se repiten, ciclos espirituales que se activan, reinos que se levantan y caen, y, por encima de todo, el trono de Dios que permanece inamovible. Toda la geopolítica actual, los conflictos en Medio Oriente, las alianzas estratégicas entre potencias, las persecuciones religiosas, los colapsos morales, deben ser interpretados a la luz de la revelación profética.

Ignorar estos temas es apagar una alarma que Dios mismo encendió. El conocimiento de los tiempos no nos lleva al miedo, sino a la esperanza activa. Nos posiciona no como víctimas de la historia, sino como testigos del Reino. En un mundo que corre sin dirección, la Iglesia debe saber hacia dónde va la historia y quién tiene el control de todas las cosas.

Cuando la Iglesia desconoce en qué momento profético se encuentra, corre el riesgo de actuar fuera de tiempo, como un ejército que entra en batalla sin conocer el terreno ni al enemigo. El apóstol Pablo fue enfático al respecto: ***“Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba... vosotros***

no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón” (1 Tesalonicenses 5:1 al 4). Esto significa que Dios no desea una Iglesia confundida, sino entendida; no ciega, sino atenta; no pasiva, sino activa.

Realmente me molesta cuando algunos ministros repiten una y otra vez que Jesús vendrá como ladrón y, con ello, enmarcan a la Iglesia dentro de ese cuadro de ignorancia. Es absurdo: Pablo dice que a nosotros no nos debe sorprender como un ladrón. Nosotros no esperamos a un ladrón, esperamos a nuestro Señor.

La ignorancia escatológica produce apatía, y la apatía es terreno fértil para el engaño. Una Iglesia que desconoce el tiempo que vive, fácilmente será seducida por movimientos que aparentan ser espirituales pero están alineados con el espíritu del anticristo. La falta de discernimiento profético abre puertas al error doctrinal, al emocionalismo sin fundamento, al evangelio diluido y, peor aún, a una esperanza equivocada. No todo lo que brilla es luz, ni todo lo que habla en nombre de Dios viene de Él.

La revelación escatológica nos fue dada no para satisfacer la curiosidad, sino para fortalecer la fidelidad. El propósito de conocer las señales del fin no es generar pánico, sino despertar pasión por la santidad y urgencia por la misión. Jesús dijo: ***“Y este evangelio del Reino será predicado en todo el mundo... y entonces vendrá el fin” (Mateo 24:14).*** No dijo que el fin vendría cuando se cumplan los caprichos de los hombres, sino cuando se cumpla el propósito de Dios.

Por eso, la escatología bíblica no gira en torno al caos del mundo, sino a la consumación del Reino.

Hay un propósito divino en revelar lo que vendrá: “preparar a la Iglesia”, no para esconderse, sino para posicionarse. Para que no huya, sino que permanezca. Para que no construya búnkeres de miedo, sino altares de fuego. Aquellos que entienden el tiempo pueden caminar como Noé, quien, movido por fe, preparó el arca; o como los sabios del oriente, que viendo la estrella, buscaron al Rey.

El Espíritu Santo anhela levantar una generación con ojos abiertos, discernimiento fino, Biblia en mano y lámpara encendida. No una Iglesia alarmista, sino alumbradora. No una Iglesia temerosa, sino firme. Porque en medio del estrépito del fin, la voz profética del Cordero debe resonar con más fuerza que nunca.

No solo debemos entender el tiempo que vivimos, sino también lo que viene. La Palabra profética no nos deja en la incertidumbre. Desde Génesis hasta Apocalipsis, Dios ha revelado el curso de la historia, el desarrollo del mal, el juicio venidero, el surgimiento de un sistema contrario a Cristo y, finalmente, la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo en poder y majestad. El futuro no es un terreno oscuro para el creyente, sino una promesa luminosa, sellada por la fidelidad de Dios.

El apóstol Pedro exhortó a los creyentes diciendo: ***“Tenemos también la palabra profética más segura, a la***

cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro” (2 Pedro 1:19). En un mundo cada vez más confuso, esa antorcha se vuelve vital. La ignorancia escatológica no es simplemente una debilidad doctrinal, es una falla de visión que puede llevar a muchos a tropezar. Quien no sabe lo que viene, no se prepara. Y quien no se prepara, será sorprendido por los eventos que la Biblia ya anunció.

Jesús vendrá otra vez. Esta es la esperanza bienaventurada que ha sostenido a la Iglesia desde el primer siglo. No es un mito, ni una metáfora, ni un discurso simbólico. Es una certeza que define la vida de la Iglesia. Pero esta verdad ha sido relegada, minimizada o distorsionada por una generación que prefiere un evangelio sin tensión escatológica, sin juicio, sin urgencia y sin gloria.

En muchos púlpitos, se ha silenciado el mensaje de la segunda venida de Cristo. Se habla de prosperidad, autoayuda, éxito, pero poco se dice del regreso del Rey. Esta omisión no es inocente: revela una Iglesia que ha perdido la conciencia de eternidad, por causa de ministros que prefieren no hablar de lo que no entienden y tampoco estudian.

Cuando se pierde de vista el retorno del Señor, la santidad se debilita, la urgencia misionera se apaga y el corazón se acomoda a este mundo. Pero cuando Cristo es esperado y su regreso es anhelado, todo cobra otro sentido: el sufrimiento, la obediencia, la predicación, la pureza y el sacrificio.

Por eso, despertar del letargo escatológico es más que un asunto doctrinal: es un llamado al arrepentimiento. Es volver a poner nuestros ojos donde deben estar: en el trono, en la cruz y en la nube desde la cual vendrá el Hijo del Hombre. Porque la ignorancia del fin no solo oscurece el futuro, sino que deforma el presente.

Una de las formas más peligrosas de ignorancia escatológica es aquella que se disfraza de espiritualidad, pero que en el fondo es una teología de escape. Hablamos de una escatología escapista que presenta la vida cristiana como una sala de espera para la evacuación celestial, minimizando el llamado a permanecer, resistir, predicar y reinar. Esta visión distorsionada ha hecho que muchos creyentes vivan desconectados del conflicto espiritual presente, esperando ser arrebatados antes de que el mal avance demasiado.

Pero la Biblia no nos enseña a huir del mundo, sino a permanecer en él, siendo fieles hasta la venida del Señor. Cristo oró al Padre no para que fuésemos sacados del mundo, sino para que fuésemos guardados del mal (**Juan 17:15**). Y Apocalipsis declara: ***“Ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos...”*** (**Apocalipsis 12:11**). La victoria de la Iglesia no está en su ausencia del conflicto, sino en su fidelidad en medio del conflicto. La fe que no es probada, no puede ser perfeccionada.

La escatología escapista crea cristianos frágiles, desinformados y sin visión del Reino. En lugar de prepararse

para resistir en el día malo, muchos desean simplemente ser sacados antes de que tal día llegue. Pero la historia bíblica nunca ha sido una historia de escapes, sino de intervenciones divinas en medio del caos.

Noé no escapó del diluvio: fue preservado en el arca. Moisés no escapó de Egipto: fue enviado con autoridad para confrontar a Faraón. Los hebreos no fueron sacados de Egipto durante las plagas, sino preservados en Gosén. Daniel no escapó del exilio: fue promovido en medio de Babilonia. La Iglesia no fue llamada a evadir, sino a iluminar las tinieblas.

El mayor error del escapismo escatológico es que desactiva la misión. Si todo se trata de “aguantar hasta salir de aquí”, ¿para qué predicar, influir o transformar? Pero Jesús dijo: ***“Haced negocios hasta que yo venga” (Lucas 19:13)***. No dijo: “Esperen escondidos”. Nuestra esperanza no es una huida, sino una manifestación gloriosa. Cristo viene, sí, pero viene por una Iglesia madura, activa, despierta y llena del Espíritu Santo, no por una comunidad atemorizada que solo sabe esconderse.

Debemos abandonar toda visión distorsionada que niegue la participación activa de la Iglesia en el clímax de la historia. No somos extras en este drama final: somos protagonistas ungidos. Somos los que portan la antorcha profética, los que llevan el testimonio de Jesús, los que resisten al espíritu del mundo y proclaman que el Reino de Dios se ha acercado.

La Iglesia no solo debe saber en qué tiempo vive ni lo que ha de venir, sino también lo que tendrá que enfrentar. Ignorar este aspecto es exponerse a la frustración, al desvío doctrinal o al naufragio de la fe. Las Escrituras no maquillan el futuro: advierten claramente sobre el crecimiento del mal, el endurecimiento de los corazones, la persecución a los santos, el surgimiento del hombre de pecado y una cultura cada vez más hostil a la verdad.

“También todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”

2 Timoteo 3:12

“Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre.”

Mateo 24:9

Esto no es una posibilidad remota, sino una realidad profética. El evangelio que no prepara a los creyentes para el conflicto, la resistencia espiritual y el sufrimiento por causa de Cristo, es un evangelio mutilado. Una fe que solo promete comodidad y bienestar no puede sostenerse en el día de la prueba.

El libro de Apocalipsis describe a una Iglesia militante, no una Iglesia ausente. Una Iglesia vestida de blanco, pero con cicatrices de fidelidad. Una Iglesia que vence por medio de su testimonio, no por evasión. En el capítulo **13** se nos habla de la bestia que recibe autoridad para hacer guerra

contra los santos y vencerlos. ¿Cómo conciliar eso con una Iglesia ignorante de lo que viene? ¿Cómo preparar a una generación para vencer si no les advertimos que habrá batalla?

La fe sin preparación se convierte en desilusión. Y la ignorancia del conflicto por venir produce creyentes que tropiezan ante la primera señal de oposición. Hoy más que nunca, debemos predicar una escatología que no solo revele la gloria venidera, sino que fortalezca a la Iglesia para atravesar la presión de los últimos tiempos. No con temor, sino con valor. No con pasividad, sino con convicción.

Los creyentes del primer siglo no temían al fin: lo anhelaban. Vivían cada día con los ojos puestos en el regreso de Cristo y los pies firmes sobre la tierra, dispuestos a ser perseguidos, despojados y hasta martirizados por amor a su Señor. ¿Qué ha cambiado? Solo una cosa: nuestra generación ha sido alimentada con un evangelio sin entendimiento del propósito y de lo que tendrá que enfrentar.

Pero el Espíritu está despertando a un remanente. Una generación que no ignora lo que viene, sino que se prepara para enfrentarlo con gozo, con fe y con la armadura de Dios. Porque si algo debe distinguir a la Iglesia en los últimos tiempos, no es su escapismo, sino su fidelidad radical en medio del colapso moral del mundo.

El fin no es una amenaza para los que conocen al Señor; es una promesa gloriosa. No tememos al futuro porque

sabemos quién lo gobierna. El Cordero que fue inmolado ya venció, y su victoria se desplegará con poder en los últimos capítulos de la historia humana. Pero la Iglesia tiene una parte esencial en ese desenlace: no como espectadora, sino como protagonista redimida, testigo fiel y portadora del Reino.

Por eso, levantar una generación libre de ignorancia escatológica no es una opción, es una urgencia. Necesitamos creyentes con discernimiento profético, con visión eterna, con corazones establecidos en la Palabra, no en los vaivenes del mundo. Una Iglesia que estudia las Escrituras no para discutir teorías, sino para alinear su vida con los propósitos del Reino. Una Iglesia que entiende que conocer los tiempos no es un lujo intelectual, sino una responsabilidad espiritual.

El llamado de Dios a esta generación es claro: velad y orad. No solo velar para no caer en tentación, sino para no ser sorprendidos por la oscuridad. No solo orar para ser fortalecidos, sino para oír la voz del Espíritu en medio del estruendo global. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Porque aún en medio del caos, Dios sigue hablando. Aún en medio de la confusión, hay dirección celestial para los que buscan.

En este tiempo donde la ignorancia espiritual se disfraza de espiritualidad cómoda, el Señor está levantando centinelas, atalayas, hombres y mujeres que no se conforman con vivir en la neblina del engaño, sino que claman por revelación, estudian la Palabra con reverencia y viven con la mirada puesta en el cielo y los pies firmes en la tierra.

La ignorancia escatológica tiene un alto costo: produce una Iglesia débil, desorientada y mundanizada. Pero la revelación escatológica produce lo contrario: una Iglesia firme, despierta, santa y llena de esperanza. Que el Espíritu Santo nos sacuda del letargo, nos libre de las distracciones de este siglo y nos haga comprender que el Rey viene, y su Iglesia debe estar lista para esa gloriosa venida, no para escapar, sino para gobernar con el Señor en la tierra.

“¡Miren! Él viene en las nubes del cielo. Y todos lo verán, incluso aquellos que lo traspasaron. Y todas las naciones del mundo se lamentarán por él. ¡Sí! ¡Amén!”

Apocalipsis 1:7 (NTV)



Capítulo siete

VICTORIA SOBRE LA IGNORANCIA

“Más por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor.”

1 Corintios 1:30 y 31

La ignorancia espiritual no es el destino final del alma redimida. No es el sello perpetuo de una generación que ha vivido bajo la niebla de la confusión. Hay una salida, hay una luz, hay una victoria. Esta victoria no se obtiene mediante la acumulación de información o la erudición del intelecto humano, sino a través de una Persona: Jesucristo, poder y sabiduría de Dios (**1 Corintios 1:24**). En Él se abren las compuertas de la revelación, se desatan los manantiales del entendimiento divino y se disuelven las tinieblas del desconocimiento.

Cristo no es simplemente un maestro más; Él es la encarnación viva de la sabiduría eterna. Su venida al mundo fue la irrupción del Logos, la razón divina, en medio de la confusión humana. Donde hubo silencio, Él habló; donde

hubo ceguera, Él iluminó; donde reinó el error, Él trazó la senda de la verdad. En Cristo, cada sombra que cubría la mente humana comenzó a disiparse. Él no solo nos dice qué es verdad, sino que Él es la Verdad (**Juan 14:6**).

La victoria sobre la ignorancia comienza con una mirada a Cristo, pero no una mirada superficial, ni una apreciación histórica o teológica sin vida, sino una contemplación viva, personal y transformadora. El Cristo glorificado no se revela como una teoría, sino como una Persona que, al ser conocida, libera. Por eso, conocer a Cristo es salir de toda ignorancia, como afirma el apóstol Pablo al orar por los creyentes de Éfeso:

“...para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él...”

Efesios 1:17

La sabiduría no es un fin en sí misma; es un camino que nos conduce a Él. El conocimiento espiritual es una apertura del alma al rostro de Aquel que ha vencido toda mentira. Y cuando lo conocemos, no como una figura religiosa sino como Señor resucitado, se rompe el velo que nos mantenía prisioneros. Ese velo no era simplemente ignorancia mental, sino una ceguera espiritual profunda, un estorbo que solo puede caer por la obra de la gracia:

“...cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará.”

2 Corintios 3:16

Hay una diferencia abismal entre oír hablar de Cristo y ser alumbrados en Él. Muchos lo han oído, pero pocos lo conocen en la dimensión que transforma. Pablo no cesaba de orar por los creyentes para que, más allá de la conversión inicial, fueran iluminados en su entendimiento espiritual. Porque solo cuando los ojos del corazón son abiertos, la vida cristiana deja de ser un esfuerzo religioso y se convierte en una existencia revelada, en la que todo se ve a través de la luz de Dios.

“...alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado...”

Efesios 1:18

Ignorar a Cristo es ignorar la esperanza. No hay destino eterno comprensible sin la iluminación que viene de conocerlo. La victoria sobre la ignorancia comienza cuando nuestros ojos, antes entenebrecidos, son bañados por esta luz interior. Esta no es una luz conceptual, sino una experiencia viva con la Persona de Jesús, una revelación que convierte cada doctrina en una realidad palpable.

Este tipo de conocimiento no es fruto de un curso teológico, sino del obrar del Espíritu Santo como Maestro del alma. Él no fue dado solo para consolarnos, sino para guiarnos a toda la verdad (**Juan 16:13**). No se trata de adquirir ideas, sino de entrar en comunión con el Verbo, donde las escamas del alma caen y todo comienza a tener sentido.

El Espíritu no nos da simplemente comprensión, Él nos forma internamente. La obra de su enseñanza es progresiva, profunda y personal. En la escuela del Espíritu, la ignorancia es vencida por la intimidad, y la revelación no se recibe por mérito, sino por hambre. Quien tiene sed de verdad será saciado con sabiduría del cielo.

La victoria sobre la ignorancia es, entonces, una sinfonía entre la Palabra revelada, Cristo vivo y el Espíritu que enseña. Este triple cordón no se rompe. El creyente que permanece en esta comunión no solo camina en luz, sino que es luz en medio de la oscuridad (**Efesios 5:8**). Ya no tropieza, ya no repite errores del pasado, ni vive atado a doctrinas humanas, porque ha sido liberado para pensar como Cristo, ver como Cristo y actuar como Cristo.

Una mente guiada por el Espíritu no se conforma con lo superficial. El alma regenerada clama por ser llena del conocimiento de la voluntad de Dios, como si supiera instintivamente que allí, y solo allí, se encuentra la vida que vale la pena vivir. No se trata simplemente de obedecer reglas, sino de comprender el corazón del Padre, de participar de Su sabiduría, de alinearse con Su diseño eterno.

“...no cesamos de orar por vosotros... que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual.”

Colosenses 1:9

Ser llenos del conocimiento de Su voluntad es ser equipados para vencer en todos los ámbitos de la vida. Porque la ignorancia espiritual nos deja vulnerables ante el engaño, pero la sabiduría de Dios nos vuelve estratégicos, discernidores y efectivos. La voluntad de Dios no es un misterio reservado a unos pocos, sino un río de sabiduría revelada para todo aquel que lo busque de corazón.

Esta sabiduría no es pasiva, ni neutra, ni estática. Es dinámica, activa y transformadora. Es luz que expone, fuego que purifica y espada que discierne. Por eso, cuando el creyente es lleno de esta sabiduría, ya no camina por impulsos carnales ni por presiones externas. Ahora sabe, en lo profundo, qué hacer, cuándo hacerlo y cómo actuar. Ya no se deja arrastrar por la corriente del mundo ni por las voces confundidas de su época, sino que se mueve como hijo del Reino, con la certeza de que su vida está integrada a un propósito superior.

La sabiduría espiritual no solo nos mejora; nos posiciona para actuar con eficacia en medio de la historia. Donde antes había desorientación, ahora hay propósito. Donde antes había miedo, ahora hay firmeza. Donde antes había duda, ahora hay claridad.

El alma que ha sido llena de esta sabiduría comienza a caminar como embajadora del Reino en medio de la ignorancia colectiva, como una antorcha encendida en una noche cerrada. Su sola presencia incomoda al sistema, no

porque se crea superior, sino porque porta una luz que desenmascara las tinieblas.

La victoria sobre la ignorancia no es solo personal, es el principio de una reforma espiritual en toda esfera que tocamos. Cuando uno es transformado por la sabiduría de Dios, todo nuestro entorno comienza a tener otro color, otro ritmo, otro destino.

La sabiduría de Dios no es simplemente un atributo divino; es un árbol de vida plantado en medio de la historia humana. Desde el principio, su fruto fue habilitado para el hombre como camino sabio, como alimento para el alma, como senda de plenitud. Pero fue despreciado.

Se prefirió el conocimiento que exalta al yo por encima de la sabiduría que glorifica a Dios. El Edén se convirtió en un escenario de elección: el árbol del conocimiento del bien y del mal eclipsó al árbol de la vida (**Génesis 2:9**), y desde entonces, la humanidad ha preferido la ilusión del saber por encima de la verdad del Espíritu.

Sin embargo, la victoria sobre la ignorancia consiste en volver al árbol correcto. Volver a Cristo, quien es la Sabiduría hecha carne, y al Espíritu que nos conecta con la vida eterna. Este árbol de la vida, despreciado en el principio, sanará a las naciones en el final.

“...y el árbol de la vida... para sanidad de las naciones.”

Apocalipsis 22:2

Aquí se revela una verdad poderosa: la sabiduría de Dios no solo transforma al individuo, sino que tiene poder para redimir culturas, pueblos y generaciones. Lo que fue ignorado al principio será exaltado al final. Lo que fue considerado locura será reconocido como el camino. La cruz, que para muchos representa debilidad, en realidad es la puerta por la cual entra la sabiduría que salva, que forma y que restaura, porque la cruz es la muerte del “yo”.

Por eso, la victoria sobre la ignorancia es también una victoria cultural. No solo es librarse del error personal, sino establecer una plataforma para que otros vean, aprendan y sean edificados. Un creyente sabio no es solo alguien que entiende, sino alguien que edifica, influye, guía y sana.

Es urgente recuperar esta visión: no fuimos llamados a sobrevivir en un mundo caído, sino a portar la sabiduría que puede reformarlo desde adentro. Una Iglesia conectada con la sabiduría de lo alto no es irrelevante ni aislada; es semilla de transformación, fermento en la masa, ciudad que alumbra sobre un monte y que no debe esconderse (**Mateo 5:14**). No es que nosotros vayamos a cambiar el sistema, eso lo hará el Señor en Su venida, pero debemos ser como un faro que alumbre en medio del temporal hasta que el Rey regrese.

La ignorancia nos hace impotentes, pero la sabiduría de Dios nos convierte en instrumentos de cambio. Y no solo para nosotros, sino para las naciones, para la sociedad y para las generaciones que deberán enfrentar los tiempos del fin.

La historia bíblica nos muestra que cuando un pueblo conoce verdaderamente a su Dios, deja de ser pasivo. La ignorancia produce inmovilidad, pero el conocimiento de Dios despierta acción, valentía y determinación. Así lo profetizó Daniel en medio de un tiempo de gran confusión y apostasía:

“...el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará.”

Daniel 11:32

Este versículo es más que una promesa: es una descripción de la vida gobernada por la revelación. Cuando Dios es conocido en verdad, ya no se vive como espectador de las circunstancias. Se actúa. Se combate. Se edifica. El conocimiento espiritual no es contemplativo; es movilizador. No paraliza en la reflexión, sino que impulsa a la obediencia práctica.

La victoria sobre la ignorancia no culmina en la mente, sino que desciende al carácter, al cuerpo, a las decisiones cotidianas. Un creyente que ha vencido la ignorancia ya no necesita que lo empujen a servir, a orar o a dar fruto. Él ha visto, ha comprendido y por eso se mueve. El fuego que lo guía, arde por dentro, no por presión externa.

Este conocimiento de Dios produce esfuerzo, pero no forzado; es un esfuerzo impulsado por convicción, amor y visión. Ya no se trabaja para agradar a los hombres ni por obligación religiosa, sino porque el alma ha sido cautivada por una verdad tan grande que no puede ser ignorada.

La Iglesia que vence la ignorancia es una Iglesia activa. No se acomoda ni se esconde. Entiende los tiempos, discierne la batalla, responde con sabiduría. No necesita popularidad ni aprobación cultural, porque ha sido afirmada en el conocimiento del Eterno.

Y este conocimiento no es una experiencia mística pasajera, sino un estado de conciencia permanente: Dios está presente, está obrando y está hablando. Quienes vivan en esa realidad actuarán diferente a su entorno. Mirarán distinto, servirán con pasión y amarán con un amor único, ese que solo el Espíritu Santo puede otorgar.

Esta victoria en la que creo, no es teórica ni futura: es una realidad disponible ahora para todo aquel que se rinda a la verdad de Cristo y a la guía del Espíritu Santo. No se trata de ascender intelectualmente, sino de descender en humildad para ser enseñados desde lo alto. La sabiduría que vence la ignorancia no es un trofeo, es una herencia. Y se entrega no al arrogante, sino al que reconoce su necesidad.

Dios no esconde su sabiduría. Él la ofrece. La proclama en las calles, como dice Proverbios. Pero solo los que la aman, los que la buscan como un tesoro escondido, podrán hallarla. Esta victoria comienza en el corazón que se arrodilla y clama: *“Señor, abre mis ojos, enséñame tus caminos, revélame tu voluntad...”*

Cuando alguien hace esto, sucede el milagro. El Espíritu Santo comienza a enseñar no solo conceptos, sino

caminos. Nos conduce a decisiones que no nacen del impulso, sino de la visión. Nos forma con pensamientos que no son de esta tierra. Nos equipa con un discernimiento que ve más allá del momento.

Les puedo asegurar, como alguien alcanzado por la gracia, como alguien que vive en ese clamor de que el Señor me conceda ver y entender cada día un poco más sobre su presencia y voluntad, que ciertamente funciona. No soy un hombre especialmente inteligente, quien mida mi coeficiente intelectual podrá comprobarlo fácilmente, pero espiritualmente debo reconocer que he sido dimensionado en gran manera, y hoy puedo asegurar que es solo por la gracia, a la que accedo cuando reconozco mis limitaciones y me sostengo en humildad, suplicando a Dios que me otorgue su luz, y no me permita caer en ignorancia.

Como hijos de Dios, debemos entender que no basta haber sido salvos de las tinieblas; debemos dar testimonio de su vida en nosotros. Es necesario caminar en la luz con entendimiento renovado. Muchos salieron de Egipto, pero no entendieron el propósito de la libertad. Muchos llegan a la fe, pero si no vencen la ignorancia espiritual, caminarán por siempre como esclavos con vestiduras de hijos.

Por eso, la victoria sobre la ignorancia no es una meta opcional: es parte del llamado de todo hijo de Dios que desea vivir con propósito y autoridad. No fuimos diseñados para tropezar en la niebla, sino para avanzar con ojos abiertos y corazón entendido.

Ser guiados por el Espíritu es más que una experiencia carismática; es vivir cada día en revelación progresiva, en sintonía con la voluntad del Padre. La sabiduría no es estática: se incrementa, se profundiza y se afina. Y en cada etapa nos permite ser más eficaces, más maduros, más semejantes a Cristo.

Amados hermanos, les aseguro que la victoria sobre la ignorancia no es un privilegio reservado a unos pocos entendidos, sino una conquista ofrecida a todos los que decidan caminar con Cristo en humildad, obediencia y revelación. El evangelio no solo nos salva, sino que también nos ilumina, transforma el corazón y capacita para vivir con sabiduría en medio de un mundo confundido.

Cristo, como sabiduría de Dios, es el acceso a todo lo que fue oculto para generaciones pasadas. Él es el misterio revelado, el velo rasgado, la luz que disipa toda sombra. En Él, las respuestas que antes estaban distantes ahora se acercan al corazón del que cree. No hay más razón para permanecer ciegos, confundidos o pasivos.

El Espíritu Santo ha sido dado como Maestro interior, intérprete de la verdad, revelador de lo profundo, y está disponible cada día para enseñarnos, guiarnos y formarnos. La Escritura, encendida por su fuego, se vuelve una lámpara que no solo nos muestra el camino, sino que lo traza en nuestro interior.

Este libro ha sido una advertencia, un llamado, una denuncia contra la ignorancia espiritual. Pero no podría concluir sin proclamar esta gloriosa verdad: *“Hay victoria, hay salida, hay redención para el alma que decide caminar en la luz...”*

El pueblo que conoce a su Dios no se conforma. Se esfuerza. Se levanta. Actúa. Y en medio de un siglo saturado de datos pero sediento de verdad, los sabios de Dios serán faros que guíen a muchos hacia la eternidad. Porque el conocimiento de Cristo no es una acumulación, es una transformación. Y esa transformación es el testimonio más alto de que la ignorancia ha sido vencida, y que la luz del Reino ya brilla en el corazón de los redimidos.

“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad.”

Daniel 12:3



CONCLUSIÓN FINAL

“más el pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará.”

Daniel 11:32

La historia espiritual de la humanidad está marcada por una lucha silenciosa, pero devastadora: la batalla contra la ignorancia. No hablamos de la simple carencia de datos, ni de la falta de acceso a libros o información; hablamos de la ignorancia que oscurece el alma, paraliza el propósito, neutraliza la fe y desdibuja la imagen de Dios en el interior del hombre. A través de estas páginas hemos descendido, capa por capa, hasta encontrar el núcleo de una realidad preocupante: la ignorancia espiritual es un costo demasiado alto para ser desestimado, y sus consecuencias se extienden desde lo personal hasta lo eterno.

El primer capítulo nos planteó una disyuntiva ineludible: o nos dejamos transformar por la verdad, o terminamos pagando las consecuencias de despreciarla. La ignorancia, lejos de ser una zona neutral, es un sistema espiritual que mantiene al ser humano alejado del diseño de Dios. Permanecer en ella es elegir la esclavitud del error antes que la libertad del conocimiento.

Por eso, el primer paso hacia la victoria sobre la ignorancia es reconocerla y decidir cambiar. Esta decisión no se trata de un mero deseo intelectual, sino de una actitud del corazón que se somete a la Palabra y se abre a la corrección del Espíritu Santo. El costo de ignorar este llamado no se limita a consecuencias personales, sino que afecta a familias, iglesias, generaciones y naciones enteras.

El segundo capítulo nos recordó que la historia bíblica y la experiencia del pueblo de Dios están llenas de lecciones. Repetir los errores del pasado es señal de ignorancia no curada. La Biblia está colmada de advertencias nacidas del amor de Dios, para que no tropecemos donde otros cayeron, para que no seamos esclavos donde otros fueron liberados, y para que no repitamos patrones que condujeron al juicio.

La ignorancia no solo niega el presente, sino que menosprecia el pasado. Aprender de antiguos errores es una forma de honrar la revelación, de valorar la gracia y de vivir con los ojos abiertos. Es una forma práctica de sabiduría.

En el tercer capítulo comprendimos que la ignorancia no es inofensiva. Es oscuridad. Es una atmósfera donde la mentira prospera, donde el alma se extravía, donde el discernimiento muere. Las tinieblas no son solamente ausencia de luz, sino una fuerza activa que distorsiona la realidad, engaña los sentidos espirituales y hace que el error parezca verdad. Cuando la mente está entenebrecida, el corazón se endurece, la conciencia se adormece, y la voluntad se desorienta.

El Reino de Dios es un Reino de luz, y sólo los que andan en la luz pueden experimentar la plenitud de su poder. Salir de las tinieblas implica una confrontación con todo aquello que el alma ha dado por cierto, pero que no proviene de Dios. Implica, también, un encuentro con Jesús, el Verbo que es luz verdadera y que alumbra a todo hombre.

El cuarto capítulo reveló que todo lo que ignoramos de Dios, tarde o temprano, se traduce en pérdida. No se trata solo de lo que no entendemos, sino de lo que dejamos de heredar. La ignorancia genera desperdicio espiritual. Se pierden dones, llamados, bendiciones, autoridad, influencia, tiempo y recursos. Se pierden generaciones completas por falta de enseñanza firme, se pierde discernimiento por falta de profundidad bíblica, se pierde visión por falta de conocimiento profético.

La ignorancia empobrece al alma y al cuerpo de Cristo. Por eso, el llamado es urgente: la Iglesia debe volver a ser una casa de sabiduría, una escuela del Reino, un lugar donde se forma el carácter y se transmite el conocimiento de Dios con reverencia, claridad y poder.

En el quinto capítulo recorrimos las distintas formas en que la ignorancia espiritual se manifiesta: desde la ignorancia voluntaria que desprecia la verdad, hasta la ignorancia religiosa que se conforma con ritos sin profundidad.

Vimos cómo la ignorancia emocional, doctrinal, relacional y ministerial afecta a creyentes sinceros, y cómo el

enemigo se aprovecha de cada una de estas brechas para sembrar confusión y división. Identificar los tipos de ignorancia es clave para enfrentarla. No se puede corregir lo que no se discierne.

La Iglesia no puede permitirse diagnosticar superficialmente los males espirituales, porque la ignorancia mal diagnosticada se convierte en una enfermedad crónica en la vida de los creyentes. Pero gracias a la Palabra y al Espíritu Santo, cada tipo de ignorancia puede ser desenmascarado y vencido.

El sexto capítulo fue una llamada de atención ante un fenómeno peligroso: la falta de conocimiento sobre los tiempos proféticos. La ignorancia escatológica no solo deja a la Iglesia sin preparación, sino que la convierte en presa fácil del engaño de los últimos días. La Palabra nos advierte que muchos serán arrastrados por doctrinas falsas, por señales mentirosas y por discursos seductores.

Una Iglesia que no entiende las señales del fin será una Iglesia confundida, distraída, vulnerable. Conocer los tiempos es parte del llamado profético del pueblo de Dios. La escatología no es un tema secundario: es una herramienta de discernimiento y preparación. En medio de un mundo que se desmorona moral y espiritualmente, la Iglesia debe ser una voz profética que interpreta las señales con autoridad y guía al pueblo con verdad.

Finalmente, el último capítulo nos llevó a contemplar a Cristo como la respuesta definitiva. Él no solo trae sabiduría; Él es la sabiduría de Dios. En Él están escondidos todos los tesoros del conocimiento. Su vida, su cruz, su Palabra y su Espíritu abren los ojos, iluminan el entendimiento y nos conducen a la verdad plena.

La victoria sobre la ignorancia comienza con una rendición profunda a Jesucristo, y continúa con una vida disciplinada en la Palabra y en comunión con el Espíritu Santo. La transformación de la mente es posible. La renovación espiritual es real. El Evangelio no solo salva, también educa. No solo reconcilia, también revela. No solo restaura, también forma. Y ese es el camino de la victoria.

Hay un llamado urgente, y es que la sabiduría de los santos clame en las calles...

Después de atravesar estos siete paisajes espirituales, no podemos permanecer indiferentes. El conocimiento que no se transmite se estanca. La verdad que no se proclama se marchita. La sabiduría que no se comparte se convierte en un talento enterrado. Por eso, esta conclusión no puede limitarse a un cierre formal: “debe ser un clamor”.

La sabiduría no se encierra entre cuatro paredes. No se esconde en monasterios ni se limita a seminarios. Clama. Grita. Desea hacerse oír. Corre al encuentro del ignorante, del que aún no sabe y trata de sacarlo de su esclavitud. Y es allí, en medio del ruido de las plazas, en el bullicio de las

redes, en el caos de las ideologías, donde la voz de la Iglesia debe alzarse. Porque la Iglesia es portadora de esa sabiduría. Somos columnas y baluarte de la verdad. No podemos callar.

La generación actual no necesita una Iglesia entretenida, sino entendida. No necesita más ruido, sino más luz. No necesita solo inspiración, sino instrucción. Y ese es nuestro mandato: enseñar con pasión, predicar con claridad, discipular con convicción, confrontar con amor, edificar con firmeza. No hay tarea más urgente. No hay mayor necesidad.

Si no hablamos nosotros, hablarán las tinieblas. Si no enseñamos nosotros, educará el error. Si no clamamos con sabiduría, gritará la confusión. Por tanto, espero que este libro no solo haya sido leído, sino que sea un claro impulso a vivir como un pueblo sabio y entendido.

Que se convierta en semilla de reforma, en fuego de enseñanza, en un instrumento de transformación. Que en cada lector se despierte un hambre profunda por conocer más a Dios, por escudriñar las Escrituras, por ser guiado por el Espíritu, por formar discípulos sabios y por levantar generaciones entendidas.

El alto costo de la ignorancia ya ha sido demasiado pagado. Es hora de invertir en el conocimiento que viene del cielo. Es tiempo de levantar la voz. Que la sabiduría clame, y que la Iglesia preciosa no calle jamás.

“La sabiduría clama en las calles, alza su voz en las plazas; clama en los principales lugares de reunión; en las entradas de las puertas de la ciudad dice sus razones. ¿Hasta cuándo, oh simples, amaréis la simpleza, y los burladores desearán el burlar, y los insensatos aborrecerán la ciencia? Volveos a mi reprensión; he aquí yo derramaré mi espíritu sobre vosotros, y os haré saber mis palabras. Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese, sino que desechasteis todo consejo mío y mi reprensión no quisisteis, También yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis; cuando viniere como una destrucción lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino; cuando sobre vosotros viniere tribulación y angustia. Entonces me llamarán, y no responderé; Me buscarán de mañana, y no me hallarán. Por cuanto aborrecieron la sabiduría, y no escogieron el temor de Jehová, ni quisieron mi consejo, y menospreciaron toda reprensión mía, comerán del fruto de su camino, y serán hastiados de sus propios consejos. Porque el desvío de los ignorantes los matará, y la prosperidad de los necios los echará a perder; más el que me oyere, habitará confiadamente y vivirá tranquilo, sin temor del mal.”

Proverbios 1:20 al 33

Oración Final:

Padre eterno, Dios de luz y verdad, nos postramos ante Ti con humildad y gratitud en el nombre de Jesucristo...

Tú eres el Dios que se deleita en revelar lo oculto, el que rompe los velos, abre los ojos y alumbra los corazones. Te pedimos que nos consagres Señor, como portadores de Tu sabiduría...

Gracias por hablarnos a través de Tu Palabra, por advertirnos con amor, y por confrontarnos con la verdad que libera...

Señor, reconocemos que por mucho tiempo la ignorancia espiritual ha robado, ha dividido, ha detenido la manifestación de la Iglesia que Tu pretendes...

Nos arrepentimos por haberla tolerado, por haber callado cuando debimos enseñar, por haber cedido terreno al error por temor o pasividad...

Pero hoy, ante la luz de Tu verdad, nos levantamos en el nombre de Jesús, la Sabiduría encarnada, el Verbo viviente, y declaramos que no viviremos más permitiendo que vertientes de oscuridad penetren nuestra mente, ni permitiremos que otros caminen a ciegas si podemos alumbrarles el camino...

Señor, haznos instrumentos tuyos, haz de Tu Iglesia un pueblo sabio y entendido...

Aviva en nosotros el amor por la verdad, el celo por las Escrituras, la pasión por enseñar y el coraje para corregir con gracia. Que nuestros labios sean fuente de sabiduría, que nuestras vidas sean ejemplo de discernimiento, y que

nuestras congregaciones sean faros de entendimiento en medio de un mundo confundido y sediento de dirección...

Padre, alza Tu voz a través de nosotros. Que la sabiduría clame en las calles, que el Evangelio suene con poder, y que nadie diga jamás: “Que la Iglesia no le ha dado buen testimonio”...

Llévanos donde otros callan. Impúlsanos donde otros retroceden. Confirmanos donde otros dudan.

Y por sobre todo, glorifica a Tu Hijo, para que el mundo vea que solo en Él hay luz, verdad y vida...

Te lo pedimos en el nombre de Jesucristo, fuente eterna de sabiduría, nuestro Maestro, nuestra luz, y nuestra victoria sobre toda ignorancia. ¡Amén!



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

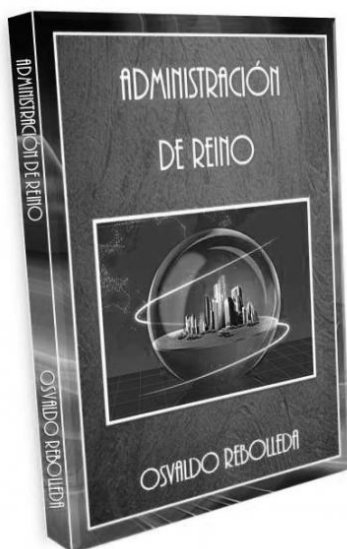
Doctorado Honoris Causa en Divinidades de

La Universidad teológica de Estados Unidos.

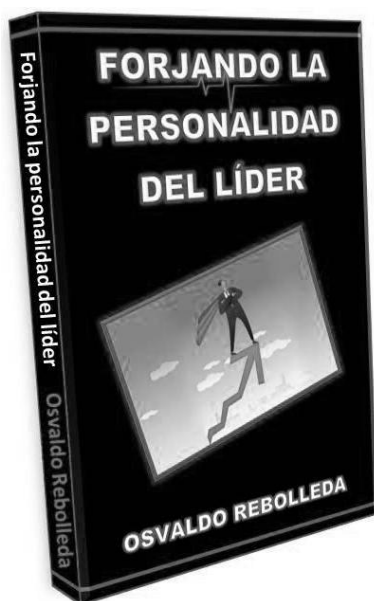
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

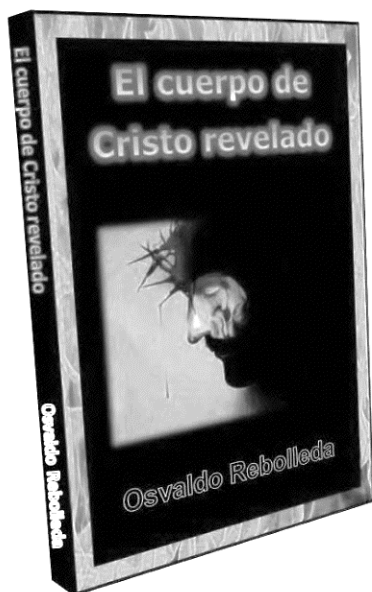
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

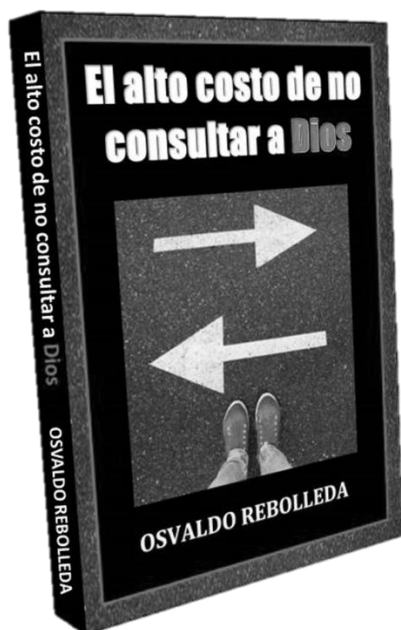


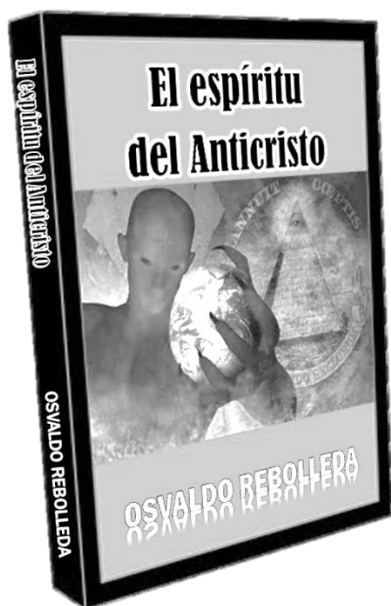
www.osvaldorebolleda.com



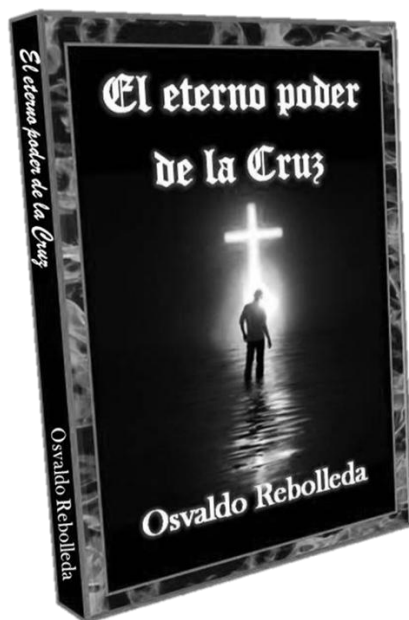
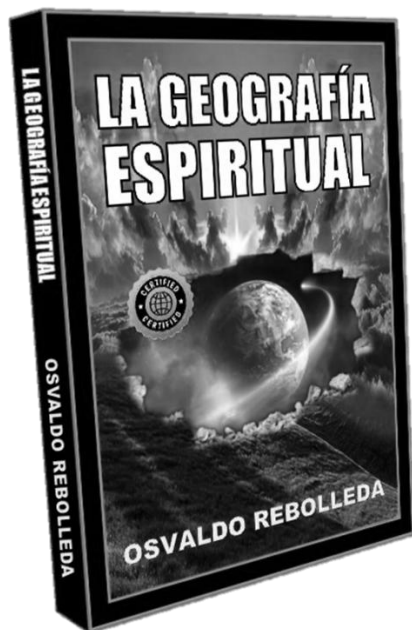


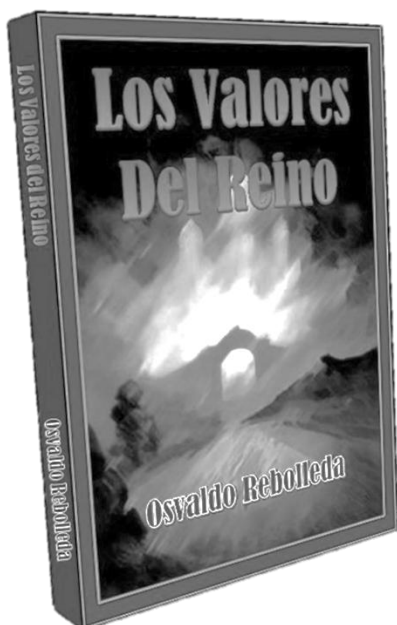
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

